

**LAS “MEMORIAS” DEL GENERAL ARGENTINO
TOMÁS DE IRIARTE
SOBRE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA**

MIGUEL ÁNGEL DE MARCO
Universidad Católica Argentina

Resumen

Las *Memorias* de Tomás de Iriarte, alumno del Real Colegio Militar de Segovia en los prolegómenos de la Guerra de la Independencia Española y luego oficial en distintos frentes de lucha contra los franceses, ofrecen una rica y variada información sobre la organización de uno de los institutos más destacados para la formación de profesionales de las armas, y acerca de la reacción popular frente a la presencia enemiga, de las diferentes acciones militares en el sur de la Península y en el frente de Cataluña, hasta el fin de la lucha; de la capitulación de las huestes napoleónicas y del regreso de Fernando VII para convertirse en monarca absoluto. Además proporcionan poco conocidos detalles acerca de la vida cotidiana de civiles y soldados y muestran la adhesión de no pocos militares al ideario plasmado en la Constitución de 1812.

Abstract

The *Memories* of Tomás de Iriarte, student of the Royal Military School at Segovia during the beginning of the Spanish Independence War and then commissioned officer at different war fronts against the French army, provide an assortment of information about the organization of one of the most prestigious military institutes in Spain; and is also a rich source about people's reaction towards the French invaders, and of the different military actions that took place in the southern front until the end of the struggle, with the return of Ferdinand VII as absolute monarch. Moreover, the *Memories* give us relatively unknown details regarding the civilian's and soldier's daily life and show us the military support to the ideals of the Constitution of 1812.

Palabras clave

Real Colegio de Artillería – Independencia Española – Cádiz – Chiclana – Cataluña – Fernando VII.

Key Words

Real Colegio de Artillería– Spanish Independence – Cadiz – Chiclana – Catalonia – Fernando VII.

Tomás Iriarte, que alcanzó luego de una azarosa carrera militar el grado de general del Ejército Argentino, participó en su niñez y juventud como cadete, oficial y jefe de las fuerzas de Fernando VII durante la guerra de la independencia española y dejó constancia de sus vivencias en unas *Memorias* que se refieren también a su prolongada participación en la conflagración contra el Imperio del Brasil y a las luchas civiles que ensangrentaron durante décadas a los países del Plata. El total de lo escrito por parte de quien poseía una evidente inclinación por registrar minuciosamente la mayor parte de los episodios de su existencia, abarca diez mil folios. Éstos constituyen un vasto fresco, enriquecido a veces por las descripciones marciales y las agudas observaciones políticas y minimizado otras por los vitriólicos juicios a sus contemporáneos, que refleja más de cuarenta años de la común historia hispano-rioplatense. Dotado de una apreciable cultura, sus recuerdos constituyen para el historiador una notable fuente de datos cuya contrastación responsable ayuda a cubrir lagunas informativas y a ampliar el cuadro de variados hechos acaecidos entre 1804 y 1847.

La edición de ocho de los diez volúmenes que componen las *Memorias*, se concretó hace más de seis décadas¹. A lo largo de ese lapso, la obra no sólo salió de circulación sino que fue convirtiéndose en una

¹ *Memorias. La Independencia y la Anarquía*, Buenos Aires, Ed. Argentinas SIA, 1944, tomo I, CXVII + 398 pp; *Memorias. Napoleón y la libertad hispanoamericana*, Buenos Aires, Ediciones S.I.A., 1944, CXX + 444 páginas. Este debió ser en realidad, el primer tomo, aunque se publicó antes el que mencionamos más arriba. Ambos llevan estudio preliminar del doctor Enrique de Gandía, al igual que los otros ocho que componen la totalidad de las *Memorias*.

rareza susceptible de ser apenas hallada en determinadas bibliotecas públicas y privadas. Su utilización en España y en los países de Iberoamérica ha sido bastante restringida, por lo que parece útil, al cumplirse dos siglos del alzamiento del pueblo peninsular contra Napoleón, ocuparnos del segundo tomo, que favorece, si no la percepción panorámica de las operaciones militares ni de los entretelones políticos, la apreciación de algunos hechos desde la óptica de quien se vio envuelto en acontecimientos cruciales, vivió las alternativas de diversos combates, se halló en peligrosos momentos de exaltación popular; asistió como espectador a escenas que explican muchos sucesos posteriores del XIX español, y conoció a figuras protagónicas, entre ellas a Fernando VII, con el que mantuvo una breve conversación a su vuelta del destierro, en 1815.

Guardando las distancias en lo que respecta a la gravitación que le cupo al segundo en razón de su cuna e influencia posterior, las *Memorias* se asemejan bastante a los *Recuerdos* de Pedro Agustín Girón, marqués de las Amarillas y duque de Ahumada, tal vez con alguna ventaja para Iriarte por el estilo atrayente y el caudal de informaciones que ofrece².

El autor de las "Memorias"

Tomás de Iriarte nació en Buenos Aires el 6 de marzo de 1794, hijo y nieto de militares. Su abuelo, natural de Tolosa, sirvió en el arma de artillería, alcanzando el nombramiento de comisario, "que en aquellos tiempos era equivalente al grado de teniente coronel, porque esta arma no estaba entonces uniforme con el resto del Ejército en la nomenclatura de sus empleos"³. De su matrimonio con la rica propietaria catalana Antonia Aymerich, nacieron seis hijos, tres de los cuales lo acompañaron, junto a su esposa, en las guerras de Italia, y murieron de corta edad. Al regresar a España vieron la luz los otros tres, que a la edad de comenzar la carrera de las armas se incorporaron a los reales ejércitos, y poco después participaron, en clase subalterna, en la expedición del general Pedro

² *Recuerdos (1778-1837)*, Pamplona, Ediciones de la Universidad de Navarra, tomo I, 1978, 340 pp.; tomo II, 1979, 313 pp.; tomo III, 1981, 249 pp.

³ *Memorias...*, tomo II, p. 3.

de Cevallos para recuperar la Colonia de Sacramento. Felipe y Ramón volvieron a la Península, y Félix quedó en el Plata, donde contrajo enlace con María del Rosario Somalo, también hija de militar. Peleó contra los portugueses, fue uno de los defensores del Fuerte de la Santísima Trinidad del Río Grande, recibió allí tres heridas –la de la cabeza requirió trepanación y los espacios abiertos del cráneo le fueron cubiertos ¡con pequeños cascos de calabaza! y llegó a ser coronel del Regimiento Fijo de Infantería de Buenos Aires, al frente del cual murió el 26 de julio de 1806. Tuvo ocho hijos: los cuatro varones fueron militares; las mujeres casaron con soldados y marinos. Como resultó frecuente en los años de la emancipación americana, unos sirvieron bajo la bandera del Rey y otros combatieron en los ejércitos de su tierra natal.

Iriarte ingresó en el Colegio de Artillería de Segovia el 17 de marzo de 1807, iniciando una actuación de nueve años en el Ejército Español, a la que nos referiremos, luego, glosando sus Memorias.

Destinado al cuerpo expedicionario del general Morillo, que se suponía iba a dirigirse al Plata y finalmente puso proa hacia la costa Firme, circunstancias fortuitas impidieron que llegase a tiempo para embarcarse, cosa que hizo finalmente desde Cádiz, a bordo de la fragata *Venganza*, hacia el Perú, acompañando al general José de la Serna, quien debía encabezar una nueva ofensiva contra las armas patriotas en el Alto Perú⁴. En el buque trabajaron activamente oficiales afiliados a las logias masónicas, e Iriarte, consustanciado con ellos, se sintió partícipe de los sectores más avanzados del liberalismo español, y acrecentó su deseo de pasarse al campo insurgente. A su llegada al Perú se produjo la sorpresa de Yaví, en la que fue hecho prisionero el marqués del mismo título. Iriarte inició una suscripción en dinero y ropas y los repartió entre los cautivos. Según expresa quien era entonces un joven artillero en sus *Memorias*, La Serna lo nombró mayor general de la artillería en campaña contra Jujuy. Al efectuar las tropas españolas del general Olañeta un reconocimiento hacia Tilcara, Iriarte rebasó las avanzadas y logró

⁴ Cfr. JULIO MARIO LUQUE LAGLEYZE, *El ejército realista en la guerra de la independencia*, Rosario, Instituto Nacional Sanmartiniano-Fundación Mater Dei, 1995, passim. Del mismo autor, *Historia y campañas del Ejército Realista (1810-1820)*, t. 1, Rosario, Instituto Nacional Sanmartiniano-Fundación Mater Dei, 1997, passim.

tomar contacto con el jefe de la vanguardia patriota, Martín Miguel de Güemes.

Bajó a Tucumán, donde el general Belgrano –de quien Iriarte dejó una bella página evocativa– lo colmó de atenciones y lo autorizó a viajar a Buenos Aires a Buenos Aires (enero de 1818) para visitar a su familia, que no veía desde hacía catorce años. Pasó a Montevideo y volvió a Tucumán. Belgrano lo nombró jefe de la Escuela de Artillería. Escribió un manual para instrucción de oficiales y sargentos. Poco después se lo designó sargento mayor graduado de teniente coronel.

En 1820 entró en la vorágine de las luchas intestinas que devoraban a los pueblos del Plata. Fue tomado prisionero por el gobernador de Santa Fe, Estanislao López, y desterrado junto con su conocido de la niñez, el general Carlos de Alvear, a Montevideo. Fundó allí una sociedad patriótica para liberar a la Banda Oriental de la dominación portuguesa. En 1822 regresó a Buenos Aires y se lo confirmó en el grado de teniente coronel. Dos años más tarde pasó a los Estados Unidos como secretario de la misión que Alvear llevó ante el presidente Monroe. Según Iriarte, recibió algunas confidencias del mandatario norteamericano a quien evocó como un alma “elevada y el tipo más puro del verdadero republicano”. Conoció, también al célebre general marqués de La Fayette.

Al regresar a la Argentina, en 1826, fue reincorporado al servicio activo en calidad de teniente coronel, comandante de la artillería ligera y el 25 de octubre de ese mismo año se lo promovió a coronel. En la guerra contra el Imperio del Brasil, le cupo un desempeño brillante, que quedó demostrado, sobre todo, en la batalla de Ituzaingó (20 de febrero de 1827), donde la unidad militar que hoy lleva su nombre, mereció según el parte oficial, “los elogios, no sólo del general en jefe, sino de todo el Ejército Republicano, por la serenidad de los artilleros y el acierto de sus punterías ha sido el terror del enemigo”.

Finalizada la guerra, la Argentina entró de nuevo en un largo período de crudas disensiones civiles. Iriarte, miembro del partido federal constitucional, combatió contra su antiguo compañero de la guerra con el Brasil, general José María Paz, uno de los más brillantes tácticos con que contó el Ejército Argentino a lo largo de su historia, quien formaba

en las filas del partido unitario. En 1832 ascendió a coronel mayor (general de brigada). Pero las ideas políticas del general Iriarte no concordaban con las de quienes pretendían imponer al general Juan Manuel de Rosas como gobernador de Buenos Aires con la suma del poder público, de modo que, apenas asumió éste por segunda vez el mando (1835), se dispuso su baja del Ejército. Marchó al destierro a Uruguay. Fue en ese año cuando comenzó a escribir sus *Memorias*, asidua y cotidianamente, hasta 1847, en que estampó, en el párrafo final en los 10.000 folios que la conforman:

“Ya no puedo más, la pluma se me cae de la mano: pido que se me excuse [...] es preciso sufrir como yo he sufrido y sufro desde hace once años para comprender que merezco alguna indulgencia, si alguna vez me he extraviado”⁵.

No era para menos. Desde su emigración había vivido, junto a su numerosa familia, tremendas privaciones, y soportado las alternativas de los duros enfrentamientos civiles ocurridos a partir de entonces. En 1839, como jefe del estado mayor del Ejército Libertador del general Juan Levalle, en lucha contra Rosas. Intervino en los combates de Don Cristóbal y Sauce Grande. Atacó y rindió la ciudad de Santa Fe en poder de los adversarios, vivió la completa derrota de las tropas que mandaba en Quebracho Herrado (noviembre 1840), y se mantuvo en el ejército hasta marzo de 1841, en que atravesó la cordillera de los Andes, llegó a Chile y se embarcó finalmente en Valparaíso, rumbo a Montevideo. Arribó en octubre del mismo año e intentó incorporarse al ejército que el general Paz organizaba en Corrientes para lanzarlo contra Rosas. Pero no logró hacerlo al producirse el total desmoronamiento de aquellas fuerzas y regresó a la capital uruguaya, junto a tiempo para participar en la defensa de la ciudad, sitiada por las tropas del general Manuel Oribe, quien mantendría sin pausa el asedio hasta 1851. El general Paz, designado para organizar la defensa, nombró a Iriarte comandante general de la artillería de la línea el 29 de enero de 1843, y en tal carácter

⁵ *Memorias, La Nueva Troya: 1847*, t. X, Buenos Aires, Goncoourt, 1971, p. 384.

participó activamente en la construcción de las obras necesarias para frenar los ataques enemigos.

Renunció al mando en septiembre del mismo año, y permaneció en Montevideo, viviendo en la más absoluta pobreza, hasta abril de 1846, en que se marchó a Corrientes, donde Paz trataba de formar un nuevo ejército. Las privaciones y las insinuaciones de su familia lo indujeron a volver a Buenos Aires en 1849, a favor de un cierto aflojamiento de la tenaz dictadura de Rosas.

Después de caído éste, ocupó algunos cargos públicos honorarios, como los de miembro del Consejo Consultivo del Gobierno de Buenos Aires e integrante de diferentes comisiones asesoras, entre ellas las de redacción del Código Militar. Publicó trabajos en la *Revista de Buenos Aires*, en la que vieron la luz sus recuerdos acerca del ataque a la escuadra española en una de cuyas fragatas viajaba hacia la Península –episodio al que haremos referencia en seguida–, y otros escritos elaborados en la época de Rosas; editó *Colonización y arreglo de fronteras*, en que se ocupó de los medios más apropiados para combatir a los indios y avanzar en la población de las zonas desiertas; *Ataque y defensa* (1855), refutando las *Memorias* del general Paz en lo atinente a las campañas de Lavalle; *Las glorias argentinas* (1858), que comprende el período de 1818 a 1825 y constituye fragmentos entresacados de sus *Memorias*, y *Biografía del brigadier general D. José Miguel Carrera* (1863), que entraña una defensa poco menos que inusitada para la época, de aquel discutido personaje de la independencia chilena y de las luchas civiles argentinas.

Como traductor, tarea a la que también dedicó como pasatiempo sus últimos años, había entregado a las prensas una versión del libro en francés *Memorias de Artillería* (1828) y las *Cartas de Lord Chesterfield a su hijo*, en dos volúmenes (1832).

Falleció en Buenos Aires el 26 de mayo de 1876. Ante su tumba pudo decir el coronel Tomas Guido, vástago del ilustre guerrero de la independencia del mismo nombre a quien poco antes Iriarte despidiera:

“Toca a sus hijos imitar sus virtudes, toca a sus compatriotas todos rodear de veneración su nombre digno de ser grabado por la historia, y al gobierno de la República Argentina dedicar un monumento glorioso a un hombre que fue modelo y orgullo de sus contemporáneos”.

Efectuada la breve reseña de su trayectoria previa y posterior a su actuación en la Península, pasamos a continuación a glosar aspectos de sus Memorias referentes a los prolegómenos y desarrollo de la guerra de la independencia española⁶.

Combate naval con los ingleses y llegada a España

Partió Iriarte de Buenos Aires, rumbo a la Metrópoli, para educarse en la Academia de Segovia, el 9 de agosto de 1804, a bordo de la fragata *Clara*, que formaba escuadra con las de igual clase *Medea*, *Mercedes* y *Fama*. La navegación no ofreció dificultades hasta después de tocar las Canarias, en procura de noticias sobre una probable declaración de guerra con Gran Bretaña. El general Bustamante, que comandaba los buques españoles cargados de caudales, cayó, empero en la celada que le tendieron los capitanes de dos bergantines ingleses, haciéndose apresarse para mostrar papeles que hacían pensar en una completa paz entre ambas potencias. Siguieron confiadas las naves de Su Majestad Católica rumbo a Cádiz, cuando de improviso, el 5 de octubre, se divisaron por la proa cuatro fragatas de guerra, que al acercarse enarbolaron el pabellón británico. Si bien los bajeles españoles habían realizado el zafarrancho de combate que prevenían los reglamentos, en caso de tener al frente buques de guerra, lejos estaban sus comandantes de pensar en

⁶ Sobre la personalidad de Iriarte, cfr. IGNACIO M ALLENDE, “Una aventura histórica. La vida del general Iriarte”, *La Nación*, Buenos Aires, 17 de octubre de 1976; ALBERTO G. ALLENDE (H), “El general Tomás de Iriarte”, *La Nación*, 7 de junio de 1981; ALBERTO ALLENDE IRIARTE, *El Gral. Tomás de Iriarte. Protagonista y testigo de su tiempo*, Buenos Aires, Editorial Los Libres, 1994, passim. MIGUEL ÁNGEL DE MARCO, “El general Tomás de Iriarte dedica 10.000 folios de sus ‘Memorias’ a evocar hechos históricos de los que fue actor y testigo”, diario *La Capital*, Rosario, 12 de junio de 1986; LUIS IRIARTE UDAONDO, “Las crisis morales y políticas juzgadas por el general Iriarte”, *La Nación*, 26 de octubre de 1975; JACINTO R YABEN, *Biografías Argentinas y Sudamericanas*, t. III Buenos Aires; 1943, pp. 157 a 161.

un ataque. Mas, de pronto, el comandante inglés intimó al español que se entregase

“con sus fuerzas, no como prisionero sino como detenido, para dirigirse a un puerto de Inglaterra: el general español contestó que aunque la partida era muy desigual, él no arrearía los colores nacionales sin que precediese efusión de sangre, pues sólo a la fuerza superior podría rendirse después de un combate cuando menos que hiciese honor al pabellón”⁷.

Comenzó la batalla, librando los buques españoles una pelea desigual, hasta que se produjo el estallido de la *Mercedes*, en el cual viajaban, entre otras familias, la del mayor general de la escuadra, capitán de navío Diego de Alvear, excepto su hijo mayor, Carlos, más tarde figura notable de la emancipación argentina, quien lo acompañaba a bordo de la *Medea*. Finalmente hubo que rendirse, y el comandante británico Gove insistió ante el español en que no debían considerarse prisioneros y sí detenidos,

“porque el gobierno inglés sólo había tomado aquella medida hostil para evitar que los caudales que conducíamos, después de desembarcados en España, pasasen a Francia para auxiliar las miras ambiciones de Napoleón”⁸.

Luego de una cuarentena en Plymouth, los “detenidos” españoles fueron desembarcados y alojados en residencias acordes con sus respectivas jerarquías, permaneciendo hasta principios de 1805. Iriarte se embarcó en un bergantín mercante sueco el 17 de mayo, y después de arribar al puerto de Vivero y transitar por los anfractuosos caminos de España, llegó a Madrid. Volvió a partir, recorrió en detalle las tierras catalanas,

⁷ *Memorias...*, tomo II, p. 7. Cfr. sobre este episodio: SABINA ALVEAR Y WARD, *Historia de Diego de Alvear*, Madrid, Luis de Aguado, 1891, p.; add. MIGUEL ÁNGEL DE MARCO, “La tragedia de los Alvear”, en *Soldados y Poetas*, Buenos Aires, Emecé, 2002, p. 13.

⁸ *Memorias...*, p. 29.

dejando puntual memoria de cuanto vio en ellas, para regresar a la Villa y Corte con el fin de probar sus conocimientos y pasar después a Segovia. Aún no había cumplido los trece años cuando fue “presentado en la Dirección General del Cuerpo de Artillería, cuyo jefe era el Príncipe de la Paz”.

“Como requisito previo a mi entrada en el colegio, fui examinado de lectura, escritura y las cuatro primeras operaciones de la aritmética por dos capitanes de artillería, oficiales distinguidos que se ocupaban de escribir la historia del Cuerpo de Artillería”.

Y añade: “Estos capitanes eran don Pedro Velarde y don Luis Daoíz. Dos nombres históricos”.⁹

La vida en el Colegio

Partió Iriarte de Madrid el 7 de marzo, día de su cumpleaños, y cubrió las catorce leguas cruzando la sierra de Guadarrama, para llegar al Alcázar, ante cuya presencia sintió una gran angustia: “en ese momento me acordé que iba a encerrarme en aquella fortaleza por cuatro años”¹⁰. Pero el cuitado sintió alivio cuando se encontró con su hermano Juan, alumno, también, del establecimiento, quien lo puso al tanto de las formalidades que debía cumplir. En razón de que el apoderado de su

⁹ Se refiere, por cierto, a los héroes del 2 de mayo de 1808, que en vez de permanecer acuartelados y pasivos como otros oficiales de la guarnición de Madrid, según lo ordenado por el capitán general Francisco Javier Negrete, se pusieron al frente de las tropas del Parque de Artillería, en el Palacio de Montealeón y se unieron a la insurrección popular. Tras repeler una primera ofensiva francesa al mando del general Lefranc, murieron luchando tras denodada lucha con los refuerzos enviados por el general Joaquín Murat.. Cfr. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, *Guerra de la Independencia. Historia Militar de España de 1808 a 1814*, tomo I, Madrid, Imprenta y Litorgrafía del Depósito de la Guerra, 1891, *passim*. Add. RAMÓN DE MESONERO ROMANOS, *Memorias de un Setentón natural y vecino de Madrid*, t. 7, Madrid, Renacimiento, 1926, pp. 32-52.

¹⁰ *Memorias...*, p. 75. Cfr. MARÍA DOLORES HERRERO GIL, “El Real Colegio de Artillería de Segovia en la guerra de la Independencia.”, en *Militaria: revista de cultura militar* 7, 1995, pp. 287-296. Se refiere al valor de las memorias de Iriarte para conocer el régimen interno del instituto.

padre no había oído aún el derecho de ingreso, montante en más de 3.600 reales de vellón, debió aguardar unos días en la ciudad, aprovechando para borrar apuntes sobre su aspecto e historia. Finalmente, el 17 de marzo, se le dio acceso, y debió superar dos rudas pruebas: las novatadas, singularmente duras, y la equiparación con lo aprendido por sus compañeros de curso, que habían comenzado el 1º de ese mes. Pudo mucho el amor propio, que venció los temores, y logró ponerse al día.

Refiere Iriarte:

“El Colegio estaba muy bien servido, y reinaba un orden que participaba, por la clausura y repartimiento de horas, del establecido en un monasterio de una orden rígida, y del sistema militar, con que en estas dos profesiones tan opuestas en sus medios y objetos, hay sin embargo algunos puntos de contacto: la disciplina, la ciega obediencia”.

Mandaba por aquellos días la Compañía de Cadetes, con el título de capitán, el mariscal de campo y subdirector del Departamento, don N. Cevallos, y lo seguía como capitán segundo el coronel don Ignacio Vázquez y Somoza. Dos capitanes hacían las veces de ayudantes mayores, y otros tres, las de tenientes primeros. Dos tenientes se desempeñaban como subtenientes; tres cadetes de la clase superior actuaban como brigadieres; seis, en calidad de subbrigadieres; tres, como subbrigadieres habilitados y el resto, hasta completar cien plazas, en condición de “simples cadetes”.

El autor de las *Memorias* efectúa una relación minuciosa acerca de la organización y planta de la academia y refiere que los profesores pertenecían también al Cuerpo y estaban encolumnados según su grado militar. El de mayor jerarquía era el coronel Antonio Datolí, a quien correspondería una notable actuación posterior, y por lo tanto figuraba como profesor primero, siguiéndole hasta el número 6, cinco capitanes. Los ayudantes de profesor eran un teniente y dos subtenientes. Todos tenían a su cargo las asignaturas que componían el plan de cuatro años de exigentes estudios¹¹.

¹¹ *Ibidem*.

Completaban el plantel dos cirujanos, dos capellanes, un enfermero con su ayudante, dos pífanos y tambores, un maestro de equitación, otro de esgrima y otro de bailes facultativos.

En cuanto a la servidumbre, estaba compuesta, en tiempos de Iriarte, por un conserje o jefe principal; siete ayudas de cámara, siete criados, un cocinero y cuatro marmitones o ayudantes de cocina.

“Un coronel retirado ejercía las funciones de alcalde del castillo, a cuyas órdenes estaba el destacamento de Inválidos, enteramente independiente de los jefes del establecimiento, y propiamente un empleo de mera fórmula para denotar que en otro tiempo había existido allí una fortaleza, pues sus funciones estaban reducidas, a cuidar el puente levadizo y la habitación contigua al edificio del colegio; sólo comunicaba por una puerta, y en lo demás estaba enteramente separada, de modo que no pudiese perturbar el régimen interior”¹².

Para un adolescente acostumbrado a la regalada vida familiar, acostumbrarse a un rígido sistema de estudio y disciplina no era fácil. Al toque de diana, en invierno a las 6 y en verano a las 5,

“todos los cadetes se levantaban, y el que tardaba en hacerlo en el momento, o se vestía con calma, solía, cuanto menos, perder el almuerzo. La primera hora después de levantarse estaba dedicada al aseo personal y a la lectura del Kempis, que se hacía en rueda en cada sala por un cadete y se alternaba en este ejercicio de modo que a todos les tocara el turno. En seguida se tocaba a estudio, cada uno en su escritorio, y esto duraba hora y media; se oía misa en la Capilla; en seguida se tomaba el chocolate, que era el almuerzo diario, y se pasaba a la clase de matemáticas, que duraba dos horas. Al salir de esta clase se entraba en las accesorias, y a las 12 y cuarto se tocaba fagina y entrábamos al comedor. Este era un gran salón ocupado por ocho mesas, cada una capaz de 15 cubiertos, y una de ellas estaba sin manteles, porque servía para los arrestados, como por vía de corrección, aún de la disminución de la ración, que era lo que más impresión hacía. Después de la comida

¹² *Ibidem*, p. 81.

pasábamos a las salas, y en el verano se dormía la siesta hasta las tres. A esta hora se continuaban las clases accesorias, se rezaba después el Rosario, después se merendaba y teníamos dos horas de recreo en la plazuela del Colegio, que era muy espaciosa, y en donde nos ejercitábamos en los diferentes juegos de la edad: la pelota, la barra y el marro, que era uno de los favoritos, etcétera”.

Luego, otra vez al estudio que duraba dos horas con el mayor recogimiento, y sin que nadie pudiera comunicarse ni hablar con los compañeros: seguía una hora de conferencia a la que concurrían todos los colegiales de una misma clase, para explicarse y satisfacer recíprocamente las dudas que ocurrían en la lección que se había estudiado para el día siguiente, cenábamos y una hora después de la cena se tocaba silencio, y era profundo el que se seguía y todos se recogían a sus camas hasta el día siguiente, en que se repetía sin alteración la misma escena”¹³.

El oficial de guardia se ocupaba de

“presidir el orden, compostura y exactitud: no podíamos descuidarnos ni un solo momento, porque a lo mejor se nos aparecía como un duende, de modo que así aprendíamos a vivir en guardia, lo que es tan ventajoso en la carrera Militar”. Los brigadieres y subbrigadieres eran “unos celadores domésticos en extremo tiránicos”, pues “estaban confundidos en la masa y era más difícil burlar su vigilancia”.

Lo que no impedía que se realizasen agudas bromas, se intentasen escapadas y se efectuasen verdaderas batallas campales entre los distintos cursos. Tales faltas eran severamente castigadas –Iriarte da una prolija mención del modo–, y el frío calabozo resultaba pan corriente “para jóvenes criados en el regalo, y de tan tierna edad”.

Sin embargo, la comida sencilla pero abundante, el vestuario lujoso y las atrayentes prácticas con cañones, obuses y morteros, realizadas algunas veces en presencia de la real familia, que veraneaba en San

¹³ *Ibidem*, p. 84.

Ildefonso, encantaba a aquellos muchachos que se sentían llamados a la gloria y a los altos puestos militares.

Los franceses en Segovia

Acaecidos los sucesos del 2 de Mayo en Madrid, y pese a la creciente efervescencia popular, las actividades del Colegio continuaron sin alteración hasta que el 2 de junio se supo que los franceses intentaban ocupar Segovia.

“El pueblo rompe los diques del sufrimiento, se reúne en masa, y se presenta en la plazuela del Colegio pidiendo a gritos que saliesen los cadetes para instruirlos en el manejo del arma y regimentarse bajo sus órdenes. Los oficiales trataron de contenernos, pero para nosotros era aquella interpelación una verdadera fiesta que acabó de exaltar nuestro entusiasmo y nos insurreccionamos también, desobedecimos a nuestros jefes, nos apoderamos de nuestros fusiles y volamos a la plazuela a incorporarnos al pueblo, él mismo nombró sus oficiales de entre los cadetes, y en aquel mismo momento comenzó la instrucción”.

El vecindario creía “que en cuatro días podía adquirir lo suficiente para salir al encuentro de los veteranos más aguerridos de Europa”. No había más soldados de línea que los del Regimiento de Artillería, con sus oficiales y algunos otros del Departamento que se les había agregado. Sólo se contaba con las baterías levantadas para la instrucción y ubicadas en el camino de Madrid, las cuales quedaron al mando de algunos cadetes.

Aún comprendiendo que toda resistencia era imposible,

“los jefes y oficiales, por librarse del pueblo, hacían como que se secundaban sus preparativos, pero interiormente se afligían de ver tantos dislates y los males que iban a sobrevivir; entre tanto seguía el desorden y la confusión: los cadetes se habían arrogado el mando”.

Se hacía indispensable una decisión que salvase al Colegio del desastre, y en la noche del 5 al 6 de junio de 1808, al conocerse que los franceses se hallaban a media jornada de Segovia, el mariscal de campo Cevallos convocó secretamente a junta de guerra, decidiéndose que aquella misma noche abandonarían la ciudad, sin los cadetes, pues al divulgarse el propósito "la multitud frenética los había despedazado".

Cuando se tuvo noticia en la mañana del 6, de la partida de la mayoría de los jefes y oficiales, los segovianos, enfurecidos, tomaron prisioneros a los pocos que habían quedado, se reunieron en cabildo y nombraron capitán general al cadete Lorenzo Guillelmi, natural de Caracas, que había prodigado en esos días agrios juicios a sus superiores

"porque en realidad el había sido muy perseguido por ellos, aunque con razón: era sumamente rudo y pendenciero, había bajado de clase hasta tres veces, de modo que entonces estaba en las alturas y ya tenía 18 años, fornido y muy cerrado de barba".

El muchacho comprendió que la defensa que comandaba era imposible y convenció a la multitud a marchar a Valladolid, para incorporarse a las fuerzas del general Cuesta.

Los cadetes, sobre todo los de menor edad, concurrían diariamente al Colegio, después de sus nuevas obligaciones, para hacer las comidas diarias y dormir. El mismo 6, por la mañana, el capitán Fernán arengó a los cincuenta que se hallaban presentes, diciéndoles que la única solución posible era salir de Segovia y rendirse a discreción a los franceses. Según Iriarte, por hábito de obediencia pasiva, aquellos se pusieron en marcha, recibiendo contraorden de volver, de parte de Guillelmi, antes de que éste hubiese determinado partir a Valladolid, y cuando regresaban se les indicó que debían continuar. Pero en seguida se les señaló lo contrario. Fernán, decidido a pasarse al enemigo, mandó hacer alto, entretuvo a los cadetes en comer y puso pies en polvorosa.

"Quedamos acéfalos, sin guía, y regresamos a Segovia en desorden porque las órdenes del pueblo se repetían. Entramos otra vez en el Colegio,

donde supimos que los pocos cadetes que habían quedado habían tenido que esconderse en los subterráneos casi ignorados que hay en la roca, por librarse de los primeros furores del pueblo que acudió allí furioso cuando supo nuestra evasión”¹⁴.

El improvisado capitán general de 18 años abandonó la ciudad con un crecido número de “paisanos armados de palos, chuzos y macanas”, en sentido contrario al que traían los franceses, seguidos por no pocos cadetes. Los demás se encerraron en el Colegio, al mando del capitán de artillería Joaquín Velarde, hermano del héroe del 2 de Mayo, quien “tuvo la generosidad de sacrificarse por no abandonarlos”. Se alzó el puente levadizo y la academia quedó aislada de la ciudad.

Las tropas napoleónicas se acercaban a Segovia, cuando el cadete Juan Rial, de 14 años, perteneciente a la misma clase de Iriarte, que había quedado al frente de una batería en la Puerta de Madrid, acompañado sólo de un artillero, accionó sus cañones, dejando en el campo a 15 o 20 enemigos. El hallazgo de la chaqueta del tenaz defensor, que descubría su condición de alumno del establecimiento, enfureció a los invasores, quienes entraron a la población tocando de degüello. Algunos paisanos, que lograron refugiarse en el Alcázar, narraron las violencias de los franceses: el saqueo de la iglesia de la Fuercilla, a orillas del Eresma, y los sacrilegios cometidos por la soldadesca, que recorría las calles paseando en son de befa los ornamentos y vasos sagrados, revestidos con las casullas y sobrepellices del culto.

En tales momentos estaban, según Iriarte, cuando unos 1.000 soldados se ubicaron en las cercanías del Colegio, del otro lado del Clamores. Colocaron piezas de campaña en puntos dominantes y rompieron el fuego sobre el Alcázar, creyendo que los cadetes contaban con medios para resistir, y al no recibir respuesta, lanzaron una compañía a paso de carga sobre la plazuela del Colegio. El capitán Velarde hizo bajar el puente levadizo y sufrió el mal momento de tener que entregar su espada al oficial que comandaba, el cual ordenó la ocupación del Alcázar, y se presentó de inmediato al general Frese para interceder por los cadetes,

¹⁴ *Ibidem*, p. 101.

considerados prisioneros de guerra. Pese a las prevenciones que la bizarra actitud de los jóvenes había generado, “nuestra edad y hasta el entusiasmo que habíamos desplegado nos salvó, porque indudablemente los franceses gustaron de nuestra disposición marcial”.

No había ocurrido lo mismo con la población, saqueada y devastada por la soldadesca, que, luego, formó en la plaza, cubriendo sus cuatro frentes, “sin duda para atemorizar al pueblo”, y haciendo fuego a discreción. Hubo algunas bajas.

Una prolongada odisea

Los cadetes comenzaron a planear su evasión, para incorporarse a las fuerzas del general Gregorio García de la Cuesta. Algunos marcharon y otros continuaron en el Colegio, bien que preparados para hacer lo propio. Cada día transcurrido aumentaba el desconcierto y la desunión. Se llegó a pensar que el rey José I enviaría a los cadetes a estudiar al Colegio de Amiens, cosa que alarmó aún más a los jóvenes, quienes supieron, luego del triunfo español en Bailén, que la iniciativa, que había partido del afrancesado ministro de la Guerra O’Farril, pasó al olvido a raíz de las preocupaciones más inminentes y serias que lo acometieron tras aquella gran victoria.

Pero los franceses, luego de soportar la derrota infligida el 19 de julio por el general Castaños, y de sufrir rotundos fracasos en Valencia y Zaragoza, desmoralizado por el alzamiento general del pueblo de la Península, se retiraron del otro lado del Ebro, en tanto el rey intruso se alejaba de Madrid. En tales circunstancias, el general Cuesta

“entró efectivamente en Segovia, y se proclamó a Fernando VII con toda solemnidad. Todos los jefes y oficiales empleados en el Colegio estaban en el ejército de Castilla, y regresaron con él: la mayor parte de los cadetes fueron obligados a volver a Segovia para continuar sus estudios, y el Colegio se reorganizó bajo el pie antiguo.

“Era a la verdad insoportable volver al riguroso régimen de la antigua disciplina, después de haber gustado los encantos que tiene la licencia para la juventud, y los que habían servido en los ejércitos y que se con-

sideraban emancipados, y estaban envalentonados por haberse hallado en algunas funciones de guerra, no podían soportar el encierro; pero tuvieron que someterse”¹⁵.

Pero Napoleón, que según la conocida frase, no estaba dispuesto a perdonar la mancha en su guerrera de una derrota de sus ejércitos por la unión de un pueblo viril con sus hombres de armas, lanzó todo su poder contra España, “inundándola” con sus tropas, al decir muy gráfico de Iriarte. El general Cuesta se retiró de Segovia y el Colegio volvió a quedar indefenso. En tales circunstancias, el profesor 1º, coronel Datolí, convocó a un “acuerdo” y se resolvió que los integrantes del instituto en pleno marchasen sobre Madrid, donde se suponía que los restos de los ejércitos españoles podrían defender la capital. De todos modos, se hacía necesario partir cuanto antes, pues los soldados dispersos y derrotados, que cometían todo tipo de tropelías y violencias, iban acumulándose en los caminos, tornando cada vez más escasos los medios para el viaje.

El 1º de diciembre de 1808, vestidos de gala, para conservar el mejor uniforme, cargando con sus fusiles y algunas vituallas, los cadetes partieron en lo que creían que iba a resultar un camino corto, mas llegaría a ser penoso y largísimo.

“Éramos muy queridos en el pueblo, y particularmente las clases inferiores nos adoraban; nos salieron al encuentro un largo trecho y aquellas pobres gentes lloraban al vernos partir de aquel modo. El cuadro era triste, a la verdad; los franceses debían entrar en la ciudad el mismo día o al siguiente, y el pueblo estaba en la mayor consternación y temía un desastre. En fin, seguimos nuestro viaje, ¡y quien lo creerá!, íbamos tan contentos como si fuésemos a un festín ¡Que edad tan feliz!”¹⁶.

Cinco leguas bastaron para que los cadetes, que marchaban a pie, pues sólo los oficiales habían obtenido cabalgaduras, quedasen

¹⁵ *Ibidem*, p. 112.

¹⁶ *Ibidem*, p. 114.

“estropeados, llenos de lodo, cansados, y la mayor parte descalzos; parecíamos derrotados según nuestro estado, y era ridículo vernos en medio de los campos con sombrero de galón y pluma blanco y en traje de gran lujo marchando a pie: empezábamos el aprendizaje de los trabajos que se pasaban en campaña y hacía tiempo que deseábamos llegase este día; estábamos entusiasmados”.

La primera jornada de marcha los ubicó al pie de la Sierra de Guadarrama. Descansaron y al día siguiente entraron al pueblo homónimo, donde se hallaba el cuartel general del general San Juan, comandante del Ejército de Extremadura. Datolí tomó conocimiento de que Napoleón estaba a punto de entrar en Madrid, por lo que se hacía necesario variar el rumbo en dirección a Talavera de la Reina. Hacia allí marcharon el 3 de diciembre, a cuyo atardecer fueron baleados por los habitantes del pueblo de Chopinería, que los tomaron por franceses y que, aun desengañados de su error, los encerraron en una casa derruida para evitar que fugasen quienes debían enseñarles a manejar viejos fusiles, chuzos y sables, con los cuales se disponían a batir en Madrid al Emperador.

“Unos nos llamaban tenientes, otros comandantes: no es posible que existan pueblos tan incultos y selváticos en Castilla la Vieja; parecen animales con el privilegio de andar en dos pies. Peligra la verdad al referir pasajes que comprueban esta aserción, y me limitaré a uno solo para que pueda formarse juicio. A media legua de Segovia hay una aldea llamada Zamarramala— la que por su inmediatez está continuamente en contacto con la ciudad, donde hay muchas piezas artillería, como que está allí establecido uno de los departamentos de esta arma; pues bien, yo he visto en la plazuela del Colegio a 6 u 8 paisanos de aquel pueblo retroceder asustados a la vista de un cañón desmontado, costar mucho el que se aproximasen temblando como azogados y preguntar por donde salía la bala, por donde se cargaba, etcétera. Los cadetes que allí estábamos les decíamos que por el oído: lo creían, pero nos manifestaban su estúpida admiración de que una bala tan grande pudiese pasar por un agujerito tan pequeño, y se manifestaban convencidos cuando le contestábamos que por eso estudiábamos”¹⁷.

¹⁷ *Ibidem*, p. 166.

Lo que valoriza aún más el fervoroso empeño de aquellas gentes simples, y además cerriles, por expulsar a quienes habían hollado el suelo patrio.

En el autor de las *Memorias* campea, no obstante el párrafo deliberadamente transcrito, una honda admiración subyacente por la epopeya del pueblo en armas, a quien evoca, una y otra vez, como protagonista empeñoso de la recuperación de España.

Pues bien, los intentos de fuga de los jefes, oficiales y cadetes fracasaron ante la decisión de los vecinos de emplearlos, como se ha dicho, en calidad de instructores. Al amanecer, un clarín tocando a deguello quebró el silencio, y los prisioneros forzaron las puertas, acercándose al cabo de caballería que había hecho oír con tanta insistencia su instrumento y que estaba solo en el pueblo. Dijo que sus desesperados toques tendían a poner sobre aviso a la población, incitándola a huir y salvarse de los franceses, que estaban a media legua del caserío. De inmediato partieron los artilleros en demanda de San Martín de Valdeiglesias, en cuyo convento fueron hospitalariamente atendidos, y como supiesen que Napoleón había entrado ya en Madrid, optaron por modificar una vez más el rumbo. En vez de dirigirse a Talavera lo hicieron hacia El Escorial. A mediados de diciembre llegaron a Salamanca “hechos unos adanes”, lo que no impidió que de inmediato se los pusiese en regla, mediante el pleno funcionamiento de la academia en el Colegio de Santiago. Fue por pocos días, pues la noticia de la proximidad del enemigo los impulsó a proseguir su ya prolongado peregrinar. El 22 de diciembre, ateridos por el frío, partieron rumbo a Zamora, hicieron alto en el convento de Valparaíso, donde se enteraron de que la presunta patria de Viriato estaba, como en sus heroicos tiempos, encerrada tras las murallas, esperando morir antes que ceder al invasor.

Datolí, responsable de la flor y nata de la juventud de los ejércitos españoles, resolvió entonces enfilarse hacia la Coruña, pero las marchas y contramarchas para no tropezar con el ejército francés, los mantenía siempre a unas pocas leguas de Zamora. Finalmente lograron ponerse en dirección a Galicia por un camino que ya habían andado los aliados ingleses. A lo largo de él pudieron comprobar que los horrores cometidos por los británicos no iban en zaga a los perpetrados por los franceses:

“Los pobres gallegos, espantados de la conducta odiosa de sus aliados, y esperando excesos aún mayores por parte de sus enemigos, habían huido a las montañas. Pueblos incendiados, mujeres expirantes a causa de la violencia de los soldados, fusiles, mochilas, cañones, caballos muertos o mutilados por sus caballeros o conductores cubrían los caminos; los cadáveres vestidos con uniforme inglés daban testimonio de la venganza de los paisanos españoles. A algunas leguas de Villafranca, los franceses se apoderaron de un convoy de plata valuado en cerca de un millón de pesos, abandonando los carros cuyos conductores habían huido con los caballos. Tal era el cuadro que ofrecían los pueblos de una gran parte de nuestro tránsito, y ya se dejan comprender las miserias y privaciones que sufríamos en un país en que hasta sus habitantes carecían del alimento más preciso para subsistir: no hacía sino cuatro o cinco días que los dos ejércitos habían pasado por allí”¹⁸.

Para llegar a Galicia, cuyo camino principal estaba interceptado por los franceses, los cadetes con sus jefes, que en medio de una gran nevada supieron la cruel suerte de los vecinos de Zamora, tomada por asalto y sometida a graves excesos, debieron cruzar a Portugal por Salamanca, sufrir “las fanfarronadas” de los vecinos de Braganza, que los mortificaron diciéndoles que si los portugueses habían conseguido desalojar al general Junot y dar por concluída la guerra, los españoles no eran capaces de conseguir otro tanto. Repasaron la frontera y llegaron por fin a Orense, aunque, dice Iriarte, parecía destino de los cadetes ser precursores de los enemigos. El marqués de la Romana, general en jefe del Ejército de Galicia, procuraba contener al enemigo, “pero éste no le dejaba tomar aliento”. Así, pues, el coronel Datolí determinó pasar a Lisboa, para, desde allí, trasladarse a Sevilla, donde a la sazón funcionaba la Junta Central. Antes de abandonar Orense, los cadetes rindieron homenajes fúnebres a un compañero muerto a raíz de las penalidades del viaje: era el hijo del subinspector del Departamento de Artillería de la Coruña, mariscal de campo Montes. También dejaron en la ciudad al cadete Mariano Termal, marqués de Villamena, que había perdido la razón y quedó bajo la protección del diocesano, su tío carnal don Pedro

¹⁸ *Ibidem*, p. 129.

de Quevedo y Quintano, luego presidente del Consejo de Regencia de España e Indias. Cuatro cadetes, entre ellos el hermano de Iriarte, Juan, permanecieron para incorporarse al ejército de Romana como subtenientes marchando también con rumbo contrario a los franceses, que entraron al día siguiente, cuando los integrantes del Colegio de Artillería penetraban de nuevo en Portugal.

En general bien atendidos por la población, “Más hospitalaria y atenta”, según nuestro memorialista, que la española, “a pesar de sus preocupaciones y ridiculeces nacionales” pasaron por Amarante y Oporto y otras localidades. A mediados de febrero llegaron a la ciudad universitaria de Coimbra, donde los estudiantes, regimentados en dos batallones, los colmaron de agasajos. De Thomar pasaron a la Burquiña, y allí se embarcaron para arribar a Lisboa por el Tajo. Finalmente, el 4 de marzo de 1809 luego de reparar completamente las fuerzas en la capital portuguesa, zarparon rumbo a Huelva, donde arribaron tres días después.

En Sevilla

Finalmente, el 14 de marzo, los forzosos peregrinos llegaron a Sevilla y fueron alojados a extramuros, en el Convento de San Laureano, de la Orden de la Merced, “donde encontramos todo preparado y arreglado para continuar nuestra clausura y estudio”. Luego de algunos días de descanso que los reparase de las trescientas leguas recorridas a puro riesgo, comenzaron las clases “bajo el mismo pie que estaban en Segovia”¹⁹. Pese a que “la clausura de San Laureano” era para los cadetes “más insoportable que la que habíamos experimentado en Segovia”, continuaron prácticamente con los mismos profesores, el hilo de las clases allí suspendidas. Como se trataba de contar cuanto antes oficiales de artillería de campaña que empezaban a escasear por las bajas que había sufrido el cuerpo a raíz de los muertos, prisioneros y pasados a las banderas del rey José, se suprimió la enseñanza de cuanto no fuese exclusivamente necesario.

¹⁹ *Ibidem*, p. 135.

Así, en el momento de los exámenes, Iriarte y otros cuatro compañeros, que aprobaron el curso de Artillería y Dibujo Militar con altas calificaciones, quedaron en condiciones de lucir la charretera a la izquierda, que era el distintivo de subteniente. Pero fueron excluidos, dándose por “motivo de nuestra detención nuestra escasa estatura” y que “carecíamos de representación personal para mandar soldados, que era por entonces lo que más urgía”. Los afectados, que contaban 15 años de edad, en conocimiento de que tal cosa había ocurrido por primera vez desde la fundación del Colegio, se presentaron al director general del Cuerpo, mariscal de campo José María Maturana, quien muchos años atrás, siendo teniente en Buenos Aires,

“había inventado la artillería a caballo para contener las incursiones de los indios pampas en la inmensa línea de frontera, y que había disputado este honor al célebre Federico II rey de Prusia, el cual le valió la victoria contra el ejército austriaco en la batalla de Rostock”,

y recibieron la promesa de que cuando se les nombrase oficiales se les concedería la misma antigüedad que a sus compañeros recientemente promovidos, sin mengua de los méritos que acababan de contraer en las últimas pruebas, y con mayor ventaja, pues se les dijo, aprenderían más todavía.

En Sevilla centro de la actividad política y militar de la España no ocupada, los cadetes lograban frecuentes permisos para visitar las casas de la ciudad, especialmente los americanos, a quienes retiraban sus compatriotas afincados en ella. Tocaría a Iriarte conocer, en la casa de don Manuel Rodríguez, a hombres que ocuparon más tarde cargos relevantes durante la emancipación del Río de la Plata, entre otros don Manuel de Sarratea, después diplomático y gobernador de Buenos Aires; Matías Irigoyen, oficial de la Real Armada, que alcanzó la máxima graduación en la marina de su patria; Hilarión de la Quintana, futuro general en el Ejército de los Andes y tío político del libertador José de San Martín, etcétera.

Iriarte pone especial énfasis en destacar la influencia formativa especial que sus estudios tuvieron en la capital andaluza:

“Yo estudié la artillería en Sevilla con más ventaja que cuando estudiaba en Segovia; nuestras lecciones no eran sólo teóricas, sino prácticas también, porque íbamos a veces a la fundición de cañones, a la maestranza, que entonces era la primera de España, a la fábrica de Salitre, a la línea, donde practicábamos al construcción de baterías, etcétera, etcétera, pero todo lo teníamos a nuestra disposición, el coche de la maestranza y nuestro profesor el coronel don Mariano Gil, consumado matemático y artillero, que nos acompañaba”²⁰.

Finalmente, Iriarte obtuvo sus despachos de subteniente de artillería el 14 de noviembre de 1809. Con marcial acento expresa la sensación que experimentó al ceñir la preciada charretera:

“No hay placer que sea comparable al que se disfruta el día en que uno es promovido a subteniente de artillería, porque además de ser un cuerpo facultativo, que siempre ha disfrutado de un gran crédito, y que cuando uno es promovido es después de haber pasado por todos los crisoles de un artillero especulativo, la circunstancia de salir de un riguroso encierro de cuatro años, para ser hombre libre, y con carrera formada, pues los ascensos después son por rigurosa antigüedad, es capaz de trastornar de júbilo a un joven que ya empieza a sentir todos los encantos y estímulos de la libertad personal”²¹.

Por aquellos días, estando de guardia, le cupo defender, con bizarra energía, al brigadier Sardeh, quien había sido puesto bajo arresto riguroso en el Cuartel de Artillería por su conducta en la jornada de Sepúlveda, donde mandó el regimiento de Montesa. El joven artillero obtuvo, por el temple demostrado, “cierta reputación de firmeza y carácter sostenido”.

²⁰ *Ibidem*, p. 135.

²¹ *Ibidem*, p. 155.

Tras la batalla de Ocaña, perdida por

“el imbécil de [Juan Carlos de] Aréizaga, oficial subalterno retirado e improvisado general por una de las juntas provinciales: los generales de división españoles no podían tampoco compararse con los acreditados de los enemigos, pero sin embargo cualquiera de ellos era más a propósito que Areizaga para mandar aquel ejército, el mayor que hasta entonces y aún después se había conocido en España”²².

Se precipitó la pérdida de Andalucía. La defensa de Sevilla, dirigida por el mariscal de campo Herrera, ofrecía, según Iriarte, no pocas dificultades, porque al conocerse el avance de las águilas imperiales, la mayor parte de los jefes se pronunció por la retirada, circunstancia que enervó los dispositivos previstos. La artillería, al mando de los coroneles Datolf y del Río, ocupó sus puestos en la línea, aprestándose a cumplir con su deber, cuando el 28 de enero de 1809, al pisar los franceses Carmona, el gobernador Herrera ordenó la salida de las tropas “dejando a la ciudad librada a su destino”.

“El populacho se enfureció cuando supo esta determinación, y apoderó del arrabal de Triana, que está separado de la ciudad por el Guadalquivir, y comunica con ésta por medio de un largo puente de barcas, este puente era el único pasaje que la guarnición tenía libre para retirarse, y como los paisanos se apoderaron de él colocando en la cabeza del lado de Triana algunas piezas de artillería, el ejército quedó encerrado en Sevilla y tenía que forzar el puente para evitar los enemigos”.

²² *Ibidem*, p. 164. Si no con la virulencia de Iriarte, el mismo general JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, en *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814*, Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1891, tomo VII, expresa que “no gozaba de fama excepcional por sus conocimientos militares”, aunque había acreditado en distintas ocasiones su valor. Toreno, a quien cita Gómez de Arreche, le acredita temple pero no preparación para el puesto que poseía. Por otra parte, el primero, narra como Aréizaga, tras recorrer las líneas, se puso a contemplar la batalla desde lo alto de una de las torres de Ocaña, lo cual le impedía todo contacto con sus subalternos. Finalizada la batalla bajó de su atalaya para redactar el parte de lo que su impericia había contribuido a lograr p. 317.

El pueblo fue intimado a abandonar sus posiciones, pero los más decididos contestaron alzando las mechas de sus piezas. Por su parte, los 8.000 hombres, listos para partir, se arremolinaban del otro lado del puente, y aunque hubiese resultado fácil forzarlo, procuróse que los paisanos depusieran su actitud para evitar víctimas. Una inesperada carga de caballería de una sección de 50 hombres, libró el camino sin resistencia alguna. Pero tras avanzar media legua, se recibieron indicaciones del gobernador Herrera disponiendo el retorno y defensa de la plaza. El desorden cundió y la mayor parte del ejército, según Iriarte, desobedeció el requerimiento. Sin embargo el joven artillero, junto con una pequeña parte de las tropas, volvió a la ciudad, conduciendo un piquete de su arma.

Nuestro memorialista apunta con indignado acento:

“El gobernador de Sevilla había traicionado la causa de la Nación, ofreciendo de antemano al rey José, que venía en persona acompañado del material Víctor, que le entregaría intacta la guarnición de Sevilla: cuando ésta evacuó la plaza, el gobernador recibió una reconvención amenazante, que produjo la orden de contramarcha”.

Pero hubo otra razón, la ciudad estaba en manos del vecindario enardecido. Herrera, aconsejado “en sus pérfidias miras por los demagogos”, impartió la orden con gusto,

“pues al mismo tiempo que llenaba su compromiso con el rey José, se libraba de la multitud frenética. Esta se calmó algún tanto, bien que no nos vio llegar a todos los que habíamos salido; continuaron los preparativos de resistencia, aunque visiblemente se notaba la frialdad del gobernador Herrera y sus cómplices. Yo era muy joven; no tenía reflexión bastante para comprender bien las cosas, y estaba entusiasmado: del Cuerpo de Artillería sólo volvimos los más modernos y algún jefe que otro, pero éstos con la intención de tomar partido por los franceses, pues lo consideraban todo perdido y estaban cansados del desorden”²³.

²³ *Memorias...*, p. 169.

La defensa

El 30 de enero de 1810, el coronel Datolí dispuso otorgar a Iriarte el mando de una batería. Se hizo cargo en el momento en que comenzaban a asomar las columnas francesas:

“yo era de los subtenientes más modernos del departamento, y sin embargo me encontraba ser el más antiguo en aquella parte de la línea: es verdad que las baterías estaban mandadas por subtenientes y sargentos, de modo que tenía un mando superior a mi graduación y a mi capacidad también, pues además de mi falta de representación, era la primera vez que me veía próximo a un combate con un puesto en la línea, que por aquel lado tenía 14 baterías montadas con más de cien piezas de grueso calibre. Estaba entusiasmado, no veía los peligros, creía, como la multitud, que íbamos a hacer una heroica resistencia. Una turba de paisanos estaba sobre la línea y aun nos embarazaba y se había agrupado particularmente sobre mi batería, que era la principal y ocupaba el centro: estaban muy contentos con mi porte, actividad y buena disposición y me obsequiaban con cuanto tenían: esto quiere decir que yo era un imprudente”.

La mañana pasó en demostraciones y escaramuzas que ocasionaron algunos muertos y heridos. Los dragones franceses “pasaban a escape por detalles de la línea a menos de un tiro de pistola, como por vía de burla, y solían pagarlo muy caro”. Por otra parte corrió la voz de que el gobernador estaba en connivencia con los enemigos. Cuando se advirtió la presencia de un oficial francés con bandera de parlamento, los paisanos reclamaron que se abriese fuego, y dice Iriarte:

“como por mi parte había la mejor disposición y hasta curiosidad por probar la puntería que tenía, pues hasta entonces no conocía sino las que había hecho en las escuelas prácticas; viéndome, además, casi solo, sin autoridad que me impusiese, y el desorden que empezaba a reinar, rompí el fuego con dos obuses de 9 pulgadas, y di la orden a las baterías inmediatas para que hiciesen otro tanto.

“Algunas granadas cayeron en el campamento enemigo, y una, particularmente, muy cerca de un general francés que a la sazón arreglaba los términos de la capitulación con el jefe mandado al efecto por el gobernador Herrera, que fue reconvenido por el mariscal Víctor por la violación que acababa de hacerse rompiendo el fuego durante las estipulaciones. El gobernador vino a mi batería y me increpó agriamente, preguntándome por qué había hecho fuego sin orden alguna que me autorizase, y me amenazó con que me privaría de mi empleo si volvía a incurrir en la misma falta, diciéndome que lo había comprometido y a toda la guarnición, violando las leyes de la guerra”.

Iriarte le respondió que el pueblo que lo rodeaba lo había compelido a disparar, cosa que, por otra parte, se había creído autorizado a hacer, pues, al no haber recibido orden alguna en contrario, estimó su deber efectuarlo, sin que por ello hubiese pensado en infringir las leyes de la guerra. Herrera lo conminó a no disparar sin su orden o la del jefe superior de la artillería, y previno igual cosa a las demás baterías.

Las presiones de los vecinos para que volviese a hacer fuego eran cada vez mayores: “cedí con gusto a las exigencias del populacho”. Pero al caer la tarde, viendo que la mayor parte de los cañones estaban en manos de éste, que procuraba utilizar las piezas sin saber como hacerlo; conociendo que tres batallones que guarnecían el sector comenzaban a retirarse, fue a solicitar órdenes a Datolí, quien terminó diciéndole que hiciera lo que le pareciese. El coronel estaba ya dispuesto a pasarse al enemigo, como lo harían el director general del Cuerpo de Artillería, brigadier Juan Arriada, y otros jefes y oficiales. No le quedaba a Iriarte otro camino que abandonarlo todo y dirigirse a Cádiz, cosa que logró no sin riesgos, pues el pueblo se había ubicado sobre el puente del Guadalquivir, dispuesto a hacer fuego a los batallones de infantería que hacían punta en la retirada. La oscuridad de la noche los favoreció en parte, al desviar la puntería de los improvisados artilleros, que alcanzaron a lanzar algunos tarros de metralla mientras los soldados cruzaban el puente a paso de carga. Hubo tres muertos y siete heridos, entre ellos un oficial.

Un recuerdo para el coronel Datolí

En Agamonte, el 3 de febrero de 1810, Iriarte se enteró de la defecación de sus jefes, encabezados por el coronel Datolí. A pesar de ella, no deja nuestro memorialista de consagrarle un afectuoso recuerdo, que nos parece interesante transcribir, pues aporta a la historia de la artillería española:

“Este jefe era un consumado matemático con todo el exterior candoroso y distraído que se suele dominar en los que se contraen con pasión a esta ciencia: había empezado a escribir un curso completo de estudios para los cadetes de artillería, y la clase a la que yo pertenecía era la primera que empezó a estudiar por la obra de Datolí, pues hasta entonces no se había conocido otra obra que la de Giannini, que también fue profesor 1º del Colegio. A medida que se imprimían los cuadernos de Datolí se nos repartían en la clase, y lo publicado hasta que empezó la revolución era incomparablemente mejor que el Giannini. Datolí no pensaba si no en la conclusión de su obra. Obligado a suspenderla por los trastornos políticos de España y por el viaje que se vio obligado a hacer con los cadetes, acompañándonos desde Segovia a Sevilla, no aspiraba sino a fijarse en un punto para poder continuar su tarea pendiente, y hasta se le había notado una especie de abstracción mental y una tristeza suma que todos atribuían a la postergación de sus trabajos; así es que todos opinamos que el motivo de tomar partido con el rey José fue menos su adhesión a la causa de la nueva dinastía, que el deseo de realizar su empresa paralizada; y también a que, como la mayor parte de los hombres pensadores, consideraban perdida la causa que defendía España. La pérdida de este jefe fue sentida de todos, y el cuerpo tuvo que borrar de su lista a uno de los individuos de más mérito.

Iriarte concluye su evocación calificando a Datolí como un verdadero sabio. Tuvo un final trágico. Llamado poco tiempo después a Madrid por el gobierno cuyas banderas se habían alistado con el objeto de restablecer el Colegio de Cadetes de Segovia, fue asaltado en su coche por una partida de guerrilleros. No quiso rendirse, mató de un pistoletazo

al que se lo intimaba a entregarse y murió hecho pedazos con sus compañeros de viaje, igualmente afrancesados²⁴.

En Cádiz

La retirada culminó en Cádiz. Los fugitivos franceses habían completado su esfuerzo bélico apoderándose de la mayor parte de Andalucía y se aprestaban a tomar el último bastión importante del sur de España. Tras cinco días de permanencia en la pintoresca urbe, Iriarte pasó a la isla de León, donde estaban levantándose defensas. Las tropas napoleónicas estuvieron frente a la bella ciudad marinera el 5 de febrero. Iriarte considera que los franceses hubiesen podido tomarla sin dificultad, pues aún no estaban consolidadas las fortificaciones.

“No pudieron penetrar, y en los días subsiguientes se vieron precisados a replegarse, y empezaron a construir su línea de circunvalación: los españoles, por su parte, trabajaban con empeño en regularizar la defensa, y con tanta actividad que ésta se perfeccionó muy pronto: la mayor distancia entre las baterías de los sitiados y las de los sitiadores era poco más de la de punto en blando de a 24, y así nuestras baterías hacían por dos, tres y hasta cuatro grados de elevación con los cañones, de modo que los morteros y obuses estaban dentro de su tiro de alcance”.

Las líneas eran visitadas por los gaditanos los días de fiesta, y en alguna ocasión los oficiales jóvenes jugaron bromas peligrosas a “unos caballeros de Cádiz”, a quienes acercaron tanto al enemigo, que hubo que retroceder en medio de una lluvia de granadas, salvando éstos pero no un oficial de infantería, que fue herido. Las peculiaridades de la situación de sitiadores y sitiados, los puso a ambos en familiar contacto, al decir de Iriarte:

“En los primeros días del sitio, como nuestros puestos avanzados casi se tocaban con los de los enemigos, solíamos hablarnos con los oficiales

²⁴ *Ibidem*, p. 175.

franceses de un parapeto a otro, y poco a poco nos familiarizamos tanto que nos desprendíamos de nuestras espadas, dividíamos la distancia y nos incorporábamos para hablar mano a mano: nos hacíamos pequeños obsequios: ellos nos traían cestos de frutas de que carecíamos por estar demasiado caras para nuestros bolsillos las que se vendían en la plaza, y nosotros les regalábamos cigarros habanos y otros objetos. Cuando nos separábamos conveníamos en avisarnos por medio de alguna señal antes de romper el fuego”.

Dichos encuentros tenían lugar con frecuencia entre dos parapetos sobre el camino real, tan próximos el uno del otro que se hallaban a tiro de piedra, a no más de diez pasos. De ese modo, “se veían obligados a capitular y no hacerse fuego sin avisarse”. Pero muchas veces comenzaban a disputar acaloradamente, defendiendo los unos a Napoleón y los otros a Fernando VII, con el resultado de dispararse mutuamente a boca de jarro:

“muchos escuchas se encontraban muertos al tiempo de relevarlos, a pesar de que tenían unas covachas para precaverse de los fuegos y de la intemperie...El general en jefe, por medio de una orden muy severa, prohibió la comunicación con los franceses bajo pena de privación de empleo, y nadie se atrevió a infringirla”²⁵.

Chiclana

Refiere Iriarte el ataque a Matagorda (23 de marzo de 1810), y la retirada de los aliados ingleses, tras doce días de resistencia, “la que no fue proporcionada a los medios que se podrán haber empleado”, a la evasión de 1500 hombres – entre ellos 600 oficiales franceses prisioneros desde Bailén, quienes se avalan alojados en el Pontón Canarias, y al intento de ataque contra el centro de la línea francesa, realizado en la noche del 28 al 29 de septiembre, por 4000 hombres al mando del jefe de estado mayor, general Luis Lacy, a cuya meteórica carrera que lo llevó a

²⁵ *Ibidem*, p. 191. Para una visión amplia y circunstanciada de la ciudad en aquellos días, cfr. RAMÓN SOLÍS, *El Cádiz de las Cortes*, Madrid, Alianza Editorial, 1969, *passim*.

ascender en cuatro años de teniente retirado a teniente general no hace referencia Iriarte, pero si a su valor:

“Después de haber dirigido personalmente las columnas de ataque bajo los fuegos de las baterías enemigas, cuando entró en el parapeto se subió a la cresta en el momento en que el fuego era más vivo y muy certero por la inmediatez de los enemigos, y estuvo más de dos minutos con todas sus insignias, fajas, etcétera, que lo hacían muy conocido. Siendo el blanco de los franceses, repetía con frecuencia: “ven ustedes como las balas no me matan” [...] Quería hacer creer a los soldados que las balas lo respetaban...”²⁶.

El valor de los españoles chocó con la inmejorable posición del enemigo, pues mientras quedaron “al descubierto, flanqueados por la artillería, en un terreno casi impracticable”, los franceses fueron reforzados por nuevos efectivos que obligaron a aquellos a retroceder “bajo sus fuegos, y los dos partidos ocuparon sus respectivas posiciones, después de haber sufrido una gran pérdida”.

Por aquellos días habían entrado en funcionamiento los conocidos morteros franceses debidos al ingenio del oficial de artillería Villantroys,

“que disparaban a una distancia de más de 1200 toesas²⁷, pero las que entraban en Cádiz eran las menos, y generalmente no reventaban, porque para aumentar su alcance, tenían interiormente cierta cantidad de plomo que al paso que disminuía la carga de pólvora aumentaba la resistencia”²⁸.

²⁶ *Ibidem*, p. 197.

²⁷ Medida antigua muy usada en fortificaciones y en las ciencias, que tenía seis pies franceses. Cfr. JOSÉ ALMIRANTE, *Diccionario Militar*, tomo II, Madrid, Ministerio de Defensa, 1989, p. 1025. Edición símil tipográfica de la obra publicada por primera vez en Madrid, en 1869.

²⁸ *Ibidem*, p. 195. El pueblo se reía de los imponentes pero poco efectivos proyectiles, y cantaba aquellos conocidos versos que expresaban: “Con las bombas que tiran,/los fanfarrones,/hacen las gaditanas,/tirabuzones”. La primera bomba cayó el 1º de diciembre de 1810: “Pronto reaccionan los gaditanos al comprobar que las granadas no hacen explosión. El nerviosismo se transforma en júbilo. Una de las granadas de estos primeros días se abre

El hastío de la vida en la línea, las rivalidades entre las distintas armas y las privaciones sufridas por los oficiales, cuyo alimento era muchas veces peor que el de los soldados, lo que obligaba a enajenar pertenencias, y en el caso de Iriarte a vender su sable por 30 reales de vellón, caracterizaron los meses subsiguientes. El relato de estas circunstancias ocupa buena cantidad de páginas de las *Memorias*, que retoman vigor cuando se refieren a la expedición para forzar la línea francesa de Santi Petri, de la que participó nuestro artillero, quien no puede ocultar su admiración por el modo como el mariscal Víctor logró salir de las emboscadas por el general Zayas, hasta que el ejército combinado hispano-inglés pudo avanzar sobre Chiclana, donde se hallaban los depósitos, almacenes y cuartel general de los franceses. Así narra Iriarte el desarrollo de la batalla de la que fue protagonista desde el puesto modesto pero efectivo de su batería:

”Parecía que la intención del mariscal era esperar a los aliados (en las orillas de Chiclana, donde había colocado su reserva); pero cuando las primeras columnas anglo-españolas llegaron cerca de Santi Petri, tomó instantáneamente la ofensiva y marchó bruscamente sobre el ejército combinado con una fuerza de tres escuadras de caballería y el resto de infantería. Los enemigos tenían la ventaja de desfilarse por un espeso pinar que al mismo tiempo que cubría su movimiento impedía calcular la inferioridad de la fuerza con que la practicaban. Esta hábil maniobra tuvo un buen resultado: la línea que había formado el ejército español fue forzada a la bayoneta. El mariscal Víctor siguió en persona el movimiento de sus tropas y llegó con ellas hasta la orilla del mar, desde allí percibió la importante posición de Barrosa, ocupada por los anglo-españoles, y en el momento se precipitó al paso de carga y desalojó a sus adversarios, causando una gran pérdida, particularmente a los ingleses. Después de este suceso marchó sobre el flanco izquierdo de nuestro ejército, que se apoyaba en el mar, al mismo tiempo que una brigada francesa se apoderaba de la cabeza del puente de Santi Petri, cortando así la comunicación del ejército español con su campamento. La situación del ejército aliado fue muy crítica en estos momentos. El

impotente, y una maja toma un pedazo de plomo de su carga y lo utiliza a modo de bigudí”. Cfr. SOLÍS, *op. cit.*, p. 205.

general inglés Graham, que estaba a la sazón en marcha con dirección a Bermejo, habiendo sabido por sus flanqueadores que los enemigos se dirigían a Barrosa, y conociendo lo difícil de su posición si los enemigos se apoderaban de esta altura, contramarchó en el momento, a fin de auxiliar a las tropas que defendían a Barrosa.

“Pero a pesar de la celeridad que empleó en este movimiento, los españoles habían sido ya desalojados. Desde entonces el general Peña se decidió a tomar la defensiva y presentó cuatro líneas de 3.000 hombres cada una, la mayor parte ingleses. El mariscal Víctor, sin duda, considerando la superioridad numérica de nuestras fuerzas debió desesperar de poder envolvernos, y por medio de un cambio de dirección formó en una línea, paralela a la mar, dejándonos libre de comunicación con Santi Petri”.

El relato va tomando dinamismo y entonación marcial:

“Una de las divisiones del ejército combinado quedó cortada por consecuencia de este movimiento, pero el mariscal Víctor no pudo completarlo porque la brigada francesa del general Ruffin, destinada a cubrir el flanco izquierdo de su línea, se empeñó en un sangriento combate con las tropas inglesas.

“Estos soldados de dos naciones rivales, después del fuego más terrible de artillería y fusilería, se cargaron enfurecidos a la bayoneta, y desplegaron un coraje admirable: el general Ruffin rechazó al principio, con el mayor vigor, dos ataques sucesivos y fue gravemente herido en el segundo. Por último esta brigada se vio obligada a ceder al número de sus adversarios y se retiró en gran desorden, pero pudo rehacerse sobre el flanco izquierdo del mariscal Víctor; el general Ruffin fue hecho prisionero. La línea anglo-española cayó entonces rápidamente sobre el centro de los franceses por medio de ataques sucesivos, mas no consiguieron romperlo. Entonces, el mariscal Víctor emprendió su retirada sobre Chiclana, abandonando el ejército aliado sus atrincheramientos de sitio, y quedó establecida la comunicación con el puente de Santi Petri. La inacción del general Zayas comprometió al ejército combinado, que al principio de la acción se vio obligado a ceder el terreno al enemigo que en estos primeros momentos creyó segura su victoria: el campo de

batalla quedó cubierto de cadáveres y los españoles tuvieron una gran pérdida, pero la de los ingleses fue mucho mayor al final de la jornada, y puede decirse que su buen porte en aquel día decidió la victoria”.

Agrega Iriarte:

“El general Graham, que según todas las apariencias, se había propuesto obrar como auxiliar, es decir mantenerse en reserva, calculando que la superioridad numérica de los españoles sería suficiente para obtener la victoria, se vio frustrado en sus esperanzas, y obligado a tener la parte más activa de la batalla. Se disgustó con el general Peña y pasó el puente de Santi Petri el mismo día, comprometiendo de este modo a las fuerzas españolas que se conservaron en el campo enemigo. La división española de vanguardia que había quedado cortada y perseguida por dos mil hombres que el general Víctor mandó en su seguimiento, no pudo incorporarse hasta el día siguiente, causando entre tanto las mayores inquietudes a todo el ejército que creía se había visto obligado a rendir las armas. La división del Coto de la Grama atravesó el río en el momento del cambio de dirección que hicieron los enemigos, cuyo costado derecho incomodamos fuertemente con nuestra artillería de batalla, causándoles una gran pérdida. Entonces presencié por primera vez, bajo los fuegos de mi batería, una brillante carga que dio un escuadrón de hannoverianos, al servicio inglés, sobre dos escuadrones franceses, que no pudieron sostener el choque de aquella brillante caballería y fueron completamente envueltos y acuchillados...El fuego cesó, de una y otra parte, a las tres de la tarde. La batalla de Chiclana fue muy sangrienta, porque ambos ejércitos se batieron con el más vivo encarnizamiento, haciendo prodigios de valor. Pero a pesar de que los franceses se vieron obligados a abandonar el campo, es forzoso hacerles justicia”²⁹.

Le tocó enseguida una misión que le permitió apreciar la diferencia de medios de franceses y españoles:

²⁹ *Ibidem*, pp. 223-244.

“El campamento francés fue incendiado con camisas embreadas, para cuya operación fui comisionado con otros oficiales. Entonces conocimos las comodidades que los enemigos disfrutaban, y el contraste con nuestra miseria y malos alojamientos. Las calles eran espaciosas y tiradas a cordel; las habitaciones construidas la mayor parte con tablazón de pino, de que hay allí gran abundancia, pues todo aquel campo es un numeroso pinar, eran cómodas y espaciosas, y estaban muy bien amuebladas. Era costumbre entre los franceses llevar a sus campamentos los muebles del pueblo más inmediato, y en Chiclana los encontramos muy buenos, porque los comerciantes de Cádiz tenían mucho gusto en sus casas de campo para pasar el verano, que son esencialmente las que componen el pueblo de Chiclana. Todos aquellos objetos que no se pudieron transportar a Santi Petri fueron consumidos por las llamas”³⁰.

La monotonía volvió a tomar cuerpo después de la batalla, y la vida de guarnición trajo nuevamente a los oficiales frecuentes lances, aventuras, bailes en que se apagaban las luces “y andaba el palo por alto”, de los que participó Iriarte quien, sin embargo, adquirió por entonces su afición por los clásicos, desterrando de sus lecturas las a las novelas a las que había sido tan afecto. Pero no saciaba sus ansias de gloria la demorosa frecuentación del relato de las conquistadas en otros tiempos. Tanto empeño puso en obtener una ubicación activa, que logró ser incorporado a la expedición que preparaba el mariscal de campo Francisco Copons y Navia. Las fuerzas se embarcaron rumbo a Tarifa, pero el buque en el que iba Iriarte se separó del convoy y fondeó en Algeciras. Allí, el oficial se sumó a las fuerzas del general Francisco Ballesteros, “uno de los más activos y emprendedores del ejército español”. Sus subalternos le daban el sobrenombre de “tormentón” “por sus violentas genialidades”. Por sus marchas infatigables, sobrecogía al mismo mariscal Soult, que había tratado, sin éxito, de derrotarlo en la línea de San Roque, debiendo finalmente abandonarla. El general invitó a Iriarte a ocupar un lugar en su mesa y queriendo ejercitar en la persona del joven oficial su buen humor momentáneo, le espetó que se le estaba formando causa por haber desertado de la división Copons. Respondió vivazmente Iriarte que de

³⁰ *Ibidem*, p. 226.

ningún modo podía atribuírsele tamaño delito, pues lo primero que había hecho al desembarcar en Algeciras había sido presentarse "al general cuyas órdenes esperaba".

Aprovechó el buen efecto causado por sus palabras y la conocida amistad entre Ballesteros y Copons para pedirle que le permitiese permanecer bajo su mando, pues esperaba encontrar con él mayores ocasiones de aventuras y de glorias. Ballesteros no se hizo rogar demasiado y dispuso que Iriarte pasase a guarnecer Castellar, llave de los depósitos de la división, pues su ubicación tornaba casi impracticable un ataque. Con gran esfuerzo, y hasta ayudado por las mujeres del pueblo, logró trasladar por un anfractuoso camino las cuatro piezas de montaña y el obús de 6 pulgadas con que contaba. Desde aquel atalaya se divisaba lo más elevado del Peñón de Gibraltar y la Sierra de Rocha, y no pasaba desapercibido ningún movimiento francés en el sector.

Un día llegó de visita Ballesteros, con el fin de inspeccionar los trabajos de construcción de hornos para fabricar pan y galletas destinadas al ejército, y denostó sin cesar contra la Regencia y los "hombres intrigantes que había en Cádiz". Luego la emprendió con los oficiales que se encontraban en el punto, sometiéndolos a "groserías e insultos".

"Por último, vino a la batería, y yo temía que aquel hombre me insultase, pero la tempestad había calmado algún tanto. '¿Está todo listo, señor artillero?' 'Sí, mi general'. 'Pues bien: dirija usted la granada a aquel árbol. ¿Le parece a usted que alcanzará?'. 'Si mi general'. Puedo decir que apunté y gradué el obús lleno de sobresalto. Cualquier artillero sabe que los primeros tiros, llamados de prueba, son muy inciertos, y que los que se disparan después se enmiendan por aquel. Esto se entiende con respecto a los fuegos directos: los cubos son de más difícil dirección, la que combinada con la graduación los hace mucho más erróneos que aquellos, y esto es fácil de concebir, mas como no era oportuno anticipar mis disculpas dando esta lección de artillería al general, que tal vez la necesitaba, sin permitir la más ligera observación, dí la voz de fuego con su venia, y tuve la felicidad de que la granada reventara sobre el árbol y lo despojase: el general se transportó de júbilo: 'Buen artillero, éstos son los que yo quiero', y entre tanto el buen éxito de mi tiro de prueba dependió más de una feliz casualidad que

de mi habilidad: por fortuna el general quedó satisfecho, porque lo que importaba saber era el alcance del proyectil, y no quiso que se hicieran más disparos por economizarlos”³¹.

Pero el comandante de artillería de las fuerzas de Copons comunicó a Iriarte que por orden de aquel debía presentarse, sin pérdida de instante, con sus soldados y conduciendo sus piezas. El teniente se dispuso a cumplir el mandato, atravesando con su pesado bagaje la sierra de Ronda, justo para apoyar con sus fuegos a la división de Ballesteros que picaba la retaguardia francesa. Accionaron sus “cañoncitos”, pero con poco efecto, pues se hallaban muy mal montados. En Tarifa haría construir soportes apropiados.

Pero antes de llegar a la pequeña ciudad situada sobre el mar en el estrecho gibraltarin, participó “en Minuta, de una acción de vanguardia que salvó la división, dando lugar a que continuase la retirada: los franceses tuvieron una gran pérdida y dejaron de acosarnos con empeño”³². Recibido por el general Ballesteros, que había dirigido el combate, éste le manifestó la satisfacción que le había producido su desempeño, aunque lo impuso de una segunda orden de Copons para que se le incorporase.

Tras hacer noche en Algeciras, llegó Iriarte a Tarifa el 20 de noviembre de 1811. De inmediato tomó el mando de la artillería, pues hasta entonces lo había ejercido “un viejo teniente de escalas de campañas fijas, y en igualdad de clases tomaba el mando el oficial del cuerpo de la escala facultativa”. Sus piezas poco valían, pues eran de montaña, y las de la plaza resultaban vetustas e inservibles. Pidiéronse entonces dos cañones de a 12 a Cádiz, y con ellos se montó una aceptable batería.

Sitio de Tarifa

Mientras tanto, el general Soult había decidido poner sitio a Tarifa, confiando la operación al general Leval, quien la rodeó el 19 de diciembre. Los defensores montaban 2.600 hombres, de los cuales la mitad eran

³¹ *Ibidem*, p. 253.

³² *Ibidem*, p. 255.

ingleses. El 25 del mismo mes, por la noche, los franceses "construyeron su primera paralela a 120 toesas, y ramales de trinchera, de modo que cuando aclaró el día estaban ya a cubierto de nuestros fuegos".

En tanto se ejecutaban tales obras, recibieron los disparos de los cañones de Iriarte y de las piezas de campaña con que contaban los ingleses, a las que se habían agregado algunas carronadas desembarcadas de la escuadra británica, sufriendo pérdidas.

El 29 de diciembre, Iriarte entregó el mando al teniente coronel de artillería Pablo Sánchez, recién llegado de Cádiz, no sin antes soportar en su batería numerosas bajas provocadas por el fuego de 16 piezas de grueso calibre al que se agregó el de una de las baterías de brecha. Se sumaron a esa lluvia de plomo las balas de un batallón de tiradores polacos. A pesar de que los disparos eran fijantes, en dos horas fueron apagados los fuegos de Iriarte, tras sufrir grave riesgo el general Copons, quien contemplaba desde aquella posición los movimientos, quedando derribados los merlones y desmontadas las piezas.

Al ponerse el sol del referido día, los franceses habían abierto una gran brecha en las murallas, y seguían arrojando bombas a los edificios, pese a lo cual la resistencia aliada no cesó. La batería de Iriarte fue montada nuevamente con parapetos precarios, levantados con los colchones que había provisto el vecindario, y disparó durante todo el 30 sus cañones de a 12, hasta que el lugar volvió a ser arrasado y los artilleros resultaron casi todos muertos.

Al anochecer se presentó un parlamentario de Leval, con la intimación de que si en doce horas Copons no rendía la plaza pasaría a cuchillo a soldados y civiles.

El comandante inglés Skerret se aprestó a huir, abriendo una brecha en las murallas, y aunque no lo verificó, el general español supo que iba a tener que combatir con sólo con sus medios contra tan poderosos enemigos, a quienes, no obstante, respondió rechazando el ultimátum.

El primer ataque, realizado el 31 de diciembre, a las 9 de la mañana, por 2.000 hombres, fue rechazado por los españoles, quienes provocaron fuertes bajas a las tropas napoleónicas y tomaron preso a un coronel. Leval envió entonces a otro emisario para proponer una suspensión de

armas de cuatro horas, con el fin de recoger los heridos y enterrar los muertos, cosa que aceptó Copons, aunque sus fuerzas habían experimentado pocas bajas y todas dentro de las murallas. El general español ofreció, en previsión de que, so pretexto de un acto humanitario, los franceses intentaran reconocer las defensas,

“dividir el campo intermedio entre ambos contendientes, para que recíprocamente recogiesen los heridos y enterrasen los muertos; de este modo resultó que entraron en la plaza un crecido número de heridos enemigos, pero nos incomodaban poco pues teníamos el mar para embarcarlos después de la primera cura a los que no lo estuviesen gravemente, y todos venían, de este modo, a ser nuestros prisioneros”³³.

Leval se vio obligado a aceptar, pues los heridos que estaban del lado de los españoles, según la línea proyectada, se hallaban tan cerca de las murallas que no podían ser socorridos ni retirados a su campo.

“Y mientras se recogían los heridos, que pasaban de 250, y se enterraban los muertos, cuyo número era de más de 400, nos interpelábamos sitiados y sitiadores del modo más amigable, y nos referíamos los sucesos más notables de aquel día, los estragos de su artillería, los que les había ocasionado la muestra, etcétera”³⁴.

Copons invitó, durante el cese del fuego, a varios de sus jefes y oficiales a “una buena mesa de refrescos, licores, etcétera”, asistiendo el coronel francés,

“que usaba de tanta franqueza como si estuviera entre los suyos, tanto que se atrevió a pedir su espada al general, porque, él decía, siempre la había devuelto a los oficiales españoles que había hecho prisioneros en varias ocasiones de armas, cuando se portaban con bizarría; pero si esto fuera falso porque los enemigos no tuvieron jamás semejante conducta

³³ *Ibidem*, p. 266.

³⁴ *Ibidem*, p. 267.

durante la guerra de España, salvo algún caso que otro particular: el general le negó lo que pedía”.

Expiró el plazo y se reanudaron las hostilidades, “aunque con poco vigor y por mera fórmula”. Así rememora Iriarte el dramático momento de recoger las víctimas:

“Entre los muertos se contaba con mayor número por la metralla de nuestra artillería; entre los heridos del contrario eran más los que lo habían sido por la fusilería. Como he dicho anteriormente, la columna de dos mil hombres era lo más escogido del ejército enemigo: los granaderos, sobre todo, eran hombres hermosos vestidos con su elegante uniforme de parada, como acostumbraban los franceses (y los imitamos después) el día de una función de armas, yacían en el campo, cubiertos de nobles y profundas heridas. Durante el calor de los combates del ejército, aun los menos guapos se abstraen y olvidan los peligros, y se ven caer las víctimas sin que exiten una reflexión y detenida compasión; pero cuando se recorre el campo de batalla el corazón mas cruel y despiadado recibe una dolorosa impresión”³⁵.

Tarifa humeaba en sus escombros:

“El pueblo sufría todos los horrores de un sitio, menos el hambre. Muchos edificios habían sido demolidos, y era crecido el número de vecinos muertos y heridos. Estos infelices no tenían el recurso de guarecerse en la única iglesia que había en Tarifa capaz de contener algún tanto los efectos de las bombas, porque en esta iglesia se estableció el hospital, y estaba atestado de heridos franceses, españoles e ingleses”.

Iriarte sintetiza, tomando como ejemplo su propia persona, los riesgos que soportaron los sitiados:

³⁵ *Ibidem*.

“Jamás, puedo asegurar, en todo el curso de mi carrera militar, he corrido tantos riesgos como en Tarifa: esta ciudad tiene muy poco circuito y los proyectiles enemigos la abrazaban en toda su extensión. Un día, atravesando a la carrera, envuelto en el polvo que levantaban las muchas balas que caían por un callejón que estaba enfilado por una batería de los sitiadores, cayó una bomba tan inmediata a mi, como pude juzgar por el estrépito que sentí, que corrí a guarecerme en una casa, la más inmediata que encontré, pero la bomba había caído en el mismo edificio, y no bien pisaba yo el umbral de la puerta principal cuando hizo su explosión, y en un momento me ví envuelto en ruinas, pero sin recibir la menor lesión, porque el cerco de la puerta donde me había detenido quedó intacto”³⁶.

Leval recibió orden de Soult de abandonar la empresa cuando se aprestaba a un asalto definitivo. Obedeció de inmediato, y en la noche del 4 de enero de 1812 se retiró, tras inutilizar y enterrar la artillería y las municiones que no pudo transportar por el mal estado de los caminos y el desborde de los ríos. El sigilo fue tal, que al amanecer del 25, los defensores de Tarifa comprobaron, asombrados, que ya no había enemigos a su frente:

“Nos sorprendimos al ver aquella formidable artillería cuyos fuegos no habían intimidado a los sitiados, pero sobre todo eran admirables los trabajos de zapa que perfeccionaron en tan poco tiempo: éstos terminaban por ambos lados del mar, de modo que estuvimos completamente circunvalados, por el lado de la tierra. Era extremo el júbilo que reinaba entre los sitiados: no nos cansábamos de felicitarnos, porque a la verdad no sólo habíamos triunfado de un enemigo tan superior en número y medios de ataque, sino que Tarifa, puede asegurarse, ofrecía el único ejemplo, no diré de una plaza, porque no lo era, sino de una bicoca sitiada por los enemigos sin ser tomada: las plazas más bien defendidas habían hasta entonces sucumbido bajo las aguerridas tropas francesas y a su habilidad en el arte de sitiar, y aunque Cádiz podía ofrecer otro ejemplo, no había punto de comparación, en primer lugar porque el sitio

³⁶ *Ibidem*, pp. 268-269.

de Cádiz aún continuaba, y en segundo, porque esta plaza era en realidad inconquistable, como la experiencia lo acreditó después"³⁷.

Sin menoscabar el esfuerzo cumplido por las tropas anglo-españolas,

“cuya defensa fue obstinada y tanto como se podía exigir de una mala plaza y de un puñado de hombres con dos cabezas, pues el coronel Skerret dependía nominalmente del general Copons y de hecho obró siempre según su capricho”,

estima Iriarte que los franceses hubieran tomado irremediamente Tarifa si no se les hubiese ordenado participar del gran movimiento ofensivo que se planeaba sobre Extremadura. El oficial puntualiza los excesos de los ingleses, “desenfrenados y bárbaros”, “a pesar de su rigurosa disciplina y severos castigos que sufren por la más ligera falta”. También refiere las gracias que el gobierno otorgó a los defensores de la ciudad: una cruz de honor y un ascenso. A los 18 años fue, pues, Iriarte, capitán graduado de artillería, y recibió dos cartas honrosas: una del general Copons, en la que le señalaba, entre otras cosas, que le era sensible que el orden inalterable de ascensos según la escala de antigüedad del cuerpo a que pertenecía, no le hubiese permitido proponerlo, como lo merecía, para el empleo de capitán efectivo, y otra del director general de la Artillería, enviándole, con fecha 10 de febrero de 1812, los despachos de ayudante mayor del primer regimiento del arma, lo que implicaba marchar al Primer Ejército, en Cataluña.

Después de permanecer unos días en Gibraltar y en Cádiz, donde asistió con interés a las sesiones de las Cortes, en cuyo recinto “se arraigaron en mi corazón las nuevas doctrinas y el amor a la libertad”³⁸; de concurrir a la gran comida que se ofreció al ejército en abril, tras la jura de la Constitución del 19 de marzo de 1812, y de participar del homenaje

³⁷ *Ibidem*, pp. 270-271.

³⁸ *Ibidem*, p. 284. Iriarte ofrece, también, algunos detalles acerca del desarrollo de las sesiones de las Cortes, del interés con que en Cádiz se seguían sus deliberaciones, y del modo como España recibió la Constitución, “cuyos bienes no supieron apreciar”.

al capitán Daoiz, el 2 de Mayo, donde vio al anciano padre del héroe conmovido hasta el desfallecimiento por los tributos que se ofrendaban a su ilustre hijo, partió hacia su nuevo destino.

El ejército de Cataluña

El 30 de mayo de 1812, Iriarte, junto con oficiales destinados a los tres ejércitos, se hizo a la vela a bordo de la fragata *Esmeralda*, y luego de fondear en Algeciras, que estaba a punto de ser tomada por los franceses, tras la gran derrota sufrida por el general Ballesteros, quien no supo oponer con ventaja a los aguerridos cuerpos napoleónicos las mejores tropas de España que constituían el Cuarto Ejército a sus órdenes, zarparon hacia Cartagena. La ciudad ofrecía un aspecto desolador y sus habitantes mostraban en sus rostros y en sus cuerpos las privaciones sufridas: “parecían espectros”. De allí pasaron a Alicante, donde Iriarte se encontró con algunos compañeros del Colegio de Segovia y se enfrentó con el general Copons,

“y cuando yo esperaba que me trataría con la distinción que siempre le había merecido, me sorprendió al notar que se hacía el desconocido y me preguntaba mi nombre: no hacía dos meses que, encontrándome en un camino, me había conocido a la distancia y apeándose de su carruaje para abrazarme y colmarme de elogios”³⁹.

Finalmente arribó a Villanueva, desde donde marchó con sus compañeros a Esparraguera, Mansera y Cardona, ciudad en la que inició el servicio como ayudante mayor del regimiento al que había sido destinado.

Esta parte de las *Memorias* reflejan, con demorosa detención, alternativas de la vida cotidiana y personal del autor, bien sazónada, por

³⁹ *Ibidem*, p. 289. Se refería Iriarte a un encuentro con Copons, luego del sitio de Tarifa, en que el general le habría manifestado vivamente su amistad para halagarlo con motivo de haber sido llamado a declarar su subordinado en el expediente que se seguía para otorgar a Copons la entonces denominada Orden Nacional de San Fernando –creada recientemente por las Cortes– es el más alto grado, en virtud de su participación en la expresada función de guerra.

cierto, de incidentes, lances y hasta una excomuni3n –que le fue de inmediato levantada, tras las disculpas del caso– por haber golpeado a un eclesiástico, actitudes todas que aquel adjudica a una poco reflexiva conducta juvenil. Dedicar, sin embargo, algunas p3ginas a recordar la actuaci3n del general Lacy, su admirado palad3n –no s3lo por su probado valor sino por sus ideas liberales– al frente del Ej3rcito de Cataluña, y a evocar la explosi3n del castillo de L3rida, ocurridas ambas antes de su incorporaci3n a aquellas fuerzas.

El 13 de diciembre de 1812, march3 Iriarte, como segundo de una expedici3n compuesta de 50 infantes, 50 zapadores y 30 artilleros, con la misi3n de llegar desde Cardona a la Seo de Urgel, punto de reuni3n de las tropas con que Lacy se dispona a asediar a Puigcerd3, arribando a aquella ciudad exactamente un mes despu3s, tras prolongadas marchas de los Pirineos. Fueron vanas las penurias pues Copons, que haba sustituido a Lacy, desestim3 proseguir los planes de su predecesor.

Nombrado ayudante mayor del 1º Escuadr3n de Artillera Ligera, despu3s de un mes de entrenamiento de sus soldados en la Seo de Urgel pas3 a L3rida para reforzar el sitio que comandaba el mariscal de campo bar3n de Eroles, correspondi3ndole efectuar el inventario de artillera de la plaza, una vez que la estratagema del capit3n Juan Van Halen, a la que Iriarte califica abiertamente de felon3a, puso en manos espaol3s dicha plaza y las de Monz3n y Mezquianza.

Aquel oficial, de origen belga pero espaol de nacimiento⁴⁰, que caus3 una fuerte impresi3n, como no poda ser de otro modo, en el esp3ritu de Iriarte, haba servido en la Real Armada en calidad de alférez de fragata, y abandonado las banderas de su patria para pasarse a las del rey Jos3. Gozaba de la confianza ilimitada del mariscal Suchet, posea sus sellos y claves. Al producirse la paulatina derrota francesa no vacil3

⁴⁰ Su nombre completo era Juan Manuel Juli3n Antonio Van Halen y Sarti Morphy y Castañeda. Tuvo una vida azarosa y aventurera. Combati3 en España, form3 parte del ej3rcito del zar como comandante de uno de sus regimientos, a la vez que fue uno de los fundadores de la Academia Rusa de Ingeniera, luch3 por la independencia de B3lgica, pele3 en las guerras carlistas, recib3 honores extraordinarios pero tambi3n dos condenas de muerte. Pío Baroja, Juan Van-Halen, el oficial aventurero, Madrid, Editorial Edad, 1962, lo compar3 con el Don Juan de Lord Byron, pues como el personaje del poeta ingl3s era andaluz, esbelto y atrevido y su existencia fue pr3diga en duelos a espada y lances de amor.

en acercarse al general Copons y ofrecerle la entrega de las referidas ciudades, más Tortosa, cosa ésta que no logró, empleando papeles en blanco firmados por el mariscal, sus sellos y otros elementos. Aquel lo creyó “un aventurero charlatán y no acogió el proyecto”, que en cambio aceptó Eroles:

“Se forjaron órdenes del mariscal Suchet a los gobernadores de las cuatro plazas indicadas, para que las evacuasen inmediatamente, haciendo formal entrega de ellas a los respectivos jefes españoles que las bloqueaban. Por supuesto, estas órdenes estaban firmadas por el mismo mariscal: en esto no había duda, como ni tampoco de la autenticidad de sus sellos y clave de inteligencia. Y esta orden tan intempestiva estaba apoyada por otra a que el mariscal se refería, procedente del Emperador, y como consecuencia de un tratado ratificado por todos los soberanos, en virtud del cual las tropas de todas las naciones que estuviesen fuera de sus respectivos territorios debían en un plazo dado regresar a sus hogares”.

Éste ya había vencido para España, y todas las tropas francesas que pisaban la Península debían marchar a Francia. Frente a la situación, Iriarte aclara que “para explicar de qué modo esta superchería, al parecer tan frívola, y fácil de desmentir, podía se creída”, era suficiente consignar que las guarniciones de las cuatro plazas estaban “perfectamente incomunicadas”. De tal modo, para dirigir un pliego, los comandantes, si no disponían el envío de uno o dos batallones como custodios del portador, según sucedía algunas veces, debían confiarlo a un espía, “que no pudiendo ser sino español, sucedía la mayor parte de las veces que hacía un juego doble”.

“Así, pues, las autoridades francesas que sabían únicamente la invasión de la Francia por las potencias coaligadas, pero que estaban ignorantes del resultado de los combates que se habían librado, y del verdadero estado de la Francia, era más razonable que se inclinasen a creer que sus camaradas habían sido vencidos, pues nadie ignoraba la desproporción de las fuerzas de ambos contendientes, estando la inferioridad del

número del lado de Napoleón. A mayor abundamiento se forjaron en el cuartel general algunos periódicos franceses, por medio de una imprenta del ejército. Todo estuvo bien calculado, y téngase presente que esta trampa se urdía en enero y febrero de 1814⁴¹.

El 14 de febrero, por la mañana, Iriarte fue convocado al cuartel del mariscal de campo Eroles. Debía presentarse con uniforme de parada y a caballo, y la extrañeza por la índole de la orden subió de punto cuando se encontró, en el alojamiento del general, con el capitán de ingenieros y el comisario ministro de hacienda de la división. Eroles les indicó que hiciesen el inventario de la plaza en el respectivo ramo de un término no mayor a cinco horas, al cabo del cual penetrarían las tropas españolas. Al llegar a Lérida se encontraron con Van Halen que salía de la ciudad y que "con un acento andaluz que no nos dejó duda de que era español", les dijo: "de buena he escapado; ahora es preciso que ustedes se manejen con gran circunspección porque si este enredo se descubre los cuelgan a ustedes como racimos en la plaza".

En ese momento advirtieron los tres oficiales la celada que se había preparado a los franceses, quienes, según Iriarte, manifestaban en forma ostensible sus dudas acerca de que la orden de entrega de la ciudad fuese cierta. El general Eroles, que no veía el momento de ser dueño de Lérida, propuso al gobernador que para no perder tiempo, y a fin de que pudiese ponerse en marcha cuanto antes, desfilase con la guarnición sobre el glacis, larga y suave pendiente que precedía a la cara externa de los fosos en las fortificaciones, mientras se concluía el inventario, y

⁴¹ *Ibidem*, p. 355. El general GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, en su ya expresada *Guerra de la Independencia...*, tomo XIII, pág. 433 y siguientes se ocupa de estos hechos y prefiere citar textualmente al Conde de Toreno, expresando: "Una estratagema de mil maneras calificada. Nos impiden esa calificación un interés exclusivamente patriótico, puesto que la empresa resultó beneficiosa para nuestra causa y circunstancias personales, por otro lado, y los escrúpulos de una conciencia militar, hecha a considerar la guerra más como acción esencialmente caballerisca, que de ardid emprendidos fiando su éxito en la buena fe de los enemigos". Sin emplear la expresión "felonía", que utiliza Iriarte, resulta evidente que el ilustre historiador se inclina por los que consideran la treta indigna del honor español. En cuando a los detalles, sustancialmente parecidos, Iriarte lleva la delantera, lo cual es comprensible, en virtud de haber participado directamente en la ocupación de Lérida.

que para la formalidad de la entrega bastaría que dejase en cada punto 30 o 40 hombres con un oficial.

De inmediato entraron los españoles, e Iriarte debió tomar, por orden de Eroles, las medidas conducentes a accionar las piezas de artillería de la plaza si los franceses intentaban volver al apercibirse del engaño⁴².

Las tropas del general Lamarque, aumentadas por las de la guarnición de Mezquinanza —la de Monzón había rendida y tomados prisioneros sus jefes, oficiales y soldados al pasar por Lérida, donde, según Iriarte, les fueron arrebatadas todas sus pertenencias— montaban 4.000 hombres entre infantes y jinetes y llevaban ocho piezas de artillería de montaña. Eran convoyados por fuerzas españolas en número de 6.000 hombres, bajo pretexto de impedir la acción de los somatenes, que podrían buscar venganza, y de auxiliarlos con sus bagajes y raciones, y marchaban hacia una inexorable rendición.

En una hondonada ubicada en las inmediaciones de Mortosell, rodeada de alturas dominantes, se consumó el dramático momento. Inopinadamente aparecieron de seis a ocho mil soldados ingleses al mando de lord Benfik, cerrando el camino del frente, y a las protestas del general Lamarque, que en un primer momento pensó en resistir, se le respondió que economizarse la sangre de sus hombres pues eran prisioneros.

“La municipalidad de Lérida dio un magnífico baile a la división libertadora: cual de su grado concurrieron la mayor parte de las bellezas de Lérida, porque con muy pocas excepciones eran todas agabachadas [afrancesadas]. Estaba entonces muy reciente la ausencia de sus amados, pero ellas no tardaron mucho en olvidarlos, reemplazándolos con los vencedores. Esto era muy natural, así es el mundo, y así será siempre. La sala estaba adornada con el mayor gusto, y colgaban de sus paredes lindos cuadros, con versos alusivos a la festividad de aquel día. Recuerdo que recorrí estos cuadros. Van Halen me seguía leyendo también los versos que contenían, y como yo encontrase uno que le cuadraba perfectamente no pude contenerme y lancé su atención para que lo le-

⁴² *Memorias...*, pp. 357-359.

yese. Este verso, después de encomiar a la división española que había entrado en Lérida, concluía así: "...Dando la libertad, la vida dando, / a aquellos verdaderos españoles/ que nunca renegaron de Fernando". Van Halen lo leyó, y le hizo la misma impresión como si acabase de ver reflejar su rostro en un espejo; me miró, y con una expresión entre risueña y serena me dijo: '—Gracias, señor artillero'. Yo, sin darme por entendido, continué la revista de los cuadros inmediatos⁴³.

Con el mayor desparpajo, Van Halen leyó al gobernador López Baños y a otros oficiales, una carta del general Lamarque, escrita después de caer prisionero, en la que le prometía levantarle la tapa de los sesos donde lo hallase, y exclamó: "Y efectivamente tiene razón para estar tan enojado conmigo, porque le he jugado una partida serrana..."

Fernando VII

Le tocó en suerte a Iriarte conocer a Fernando VII apenas llegó a territorio español:

"El júbilo que produjo la inesperada aparición de Fernando en el territorio español fue verdaderamente extraordinario: con dificultad puede haber existido un monarca más querido de sus pueblos: él correspondió con la más negra ingratitud".

Quizá el tiempo transcurrido y la animadversión hacia el rey que experimentaban no pocos de los americanos que formaban parte su ejército, haya cargado las tintas de tan infatigable pluma. Preferimos transcribir textualmente, en vez de glosar, algunos partes significativas del relato:

"Fernando viajó en triunfo, los pueblos los recibían con extraordinarias demostraciones de alegría: jamás monarca alguno tuvo pruebas más prácticas y positivas del amor de sus súbditos: cuán sinceros eran

⁴³ *Ibidem*, p. 360.

los obsequios que le tributaban: él respondía aparentemente con la mayor afabilidad y confianza: hablaba cariñosamente con cuantos se le acercaban, de cualquier clase que fuesen: hizo muy bien el papel de hipócrita. Cuando llegó a Lérida, yo fui comisionado para hacer la salva en el castillo: se hospedó en el palacio episcopal, e inmediatamente subió a la fortaleza; luego que concluí la triple salva, me incorporé a la comitiva. El rey iba adelante con su hermano y los generales. Yo estaba a retaguardia, muy inmediato del lado del mayor de plaza. Toda la población de Lérida había subido al castillo para ver al monarca. La estacada del camino cubierto estaba coronada de gente. El júbilo se veía pintado en todos los rostros de aquellos buenos españoles. Los “vivas” eran incesantes. Un soldado se aproximó tanto al rey, que casi tocando con su oído gritó: ‘-¡Viva Fernando siete! Yo le dije al mayor de plaza: ‘-Este majadero ha dejado sordo al rey’. Éste lo oyó y volviéndose a mí me dijo con semblante risueño: ‘-Hace bien, tal vez ha derramado su sangre por mí’.

Cuando bajó del castillo hubo besamanos. Sarandía, el comandante de artillería, no pudo asistir por hallarse enfermo; tuve que hacer sus veces y me presenté en el salón con los oficiales del cuerpo: todos eran de la revolución y yo el único que había estudiado en Segovia. Fernando debió sin duda sorprenderse de ver un capitán de artillería tan joven, pues me preguntó: ‘-¿Eres del Colegio de Segovia?’. ‘-Sí, señor’. ‘-Han salido buenos oficiales de ese colegio’. A los otros oficiales les hizo la misma pregunta y todos le contestaron negativamente. Fernando no amaba a los artilleros porque sabía que con muy pocas excepciones todos eran liberales y partidarios de la Constitución. Más tarde suprimió el Colegio de Artillería de Segovia, que sin duda alguna era el mejor establecimiento militar que tenía España y podía competir con los más acreditados de Europa.

El obispo de Lérida ofreció un gran banquete en homenaje al *Desseado* y a los principales personajes que le acompañaban. Todos los jefes y oficiales de la guarnición fueron invitados por medio de una orden general a presenciar, si querían, el banquete. Iriarte asistió para no perder detalle.

“En la sala inmediata había una buena orquesta y regulares cantores, que no dejaban de entonar los himnos patrióticos de la revolución. Fernando estaba embelezado. En casi todas las estrofas se le nombraba. El repetía de vez en cuando: ‘—Cómo me quieren los españoles’. ¡Que bien les pagó después!

Durante la comida, que según el artillero fue muy bien servida, se vitoreaba indistintamente al rey o a la Constitución. “Esto último no debía gustarle a Fernando, pero disimulaba”. Tampoco debió agradecerle el incidente, que Iriarte narra en detalle, provocado por el general Zayas cuando le espetó al comandante en jefe, general Copons, quien explicaba al monarca las operaciones militares del Ejército de Cataluña, que no le correspondía ningún mérito pues había recibido a sus tropas organizadas gracias al infatigable e inteligente general Lacy, “tal vez es el jefe más esclarecido e inteligente de cuantos han mandado en la guerra de la Independencia”.

“El rey no contestó. El infante Don Carlos preguntó a Zayas si Lacy era joven, y como le contestase que sí, ‘poco más o menos de mi edad’, don Carlos se sonrió sardónicamente. Entonces Zayas, algún tanto alterado, pero sin traspasar los límites del respeto, repuso: ‘—¡Sí, señor! ¡Joven como yo! Yo me tengo por joven con respecto al alto rango que ocupo en la escala militar, y Lacy es de mi graduación. “Zayas tendría entonces 42 años, más o menos [...] El rey preguntó dónde estaba el general Lacy y se le contestó que de capitán general en Galicia. Fernando lo sabía demasiado. Lacy había hecho jurar por segunda vez, luego que supo la llegada de Fernando, la Constitución en el reino de Galicia, y este acto extraordinario, pues que el primero era suficiente, hizo conocer bien cuál era la profesión política de aquel general. Fernando lo miraba desde entonces con la más fuerte prevención” [...]En seguida [Zayas] hizo una burla a Copons que acabó de desconcertarlo. Esto era ya obrar a lo cadete. El rey observaba y callaba, y sólo dijo varias veces: ‘—Qué bien se trata el señor obispo’, haciendo alusión a los buenos platos que había en la mesa, y de los que fue servido abundantemente; porque este borbón era tan glotón como su padre. Era, sin embargo, inoportuno aquel dicho, porque a cualquiera se le debía ocurrir que aquel no era el diario del obispo.

“La burla que hizo Zayas a Copons fue la siguiente: estaban situados uno enfrente del otro, entre ambos lados de la mesa, y en el centro de ésta, en la misma dirección, había entre otras fuentes, una que contenía una gran pieza de piñonete, que es un caramelo mezclado con piñones. Tenía la forma de un queso común y era de mucha altura y muy consistente: un plato que verdaderamente era un mero adorno, porque se necesitaba un hacha para partirlo. Zayas nos dijo: ‘–Verán que chasco le pego a este pedante’, y dirigiéndose a Copons en voz alta: ‘–General: me parece que su majestad ha de gustar de ese plato. Usted que está más a mano podría servirlo’ Fernando estaba en la cabecera, pero lo oyó y quiso probarlo. Copons tomó tenedor y cuchillo, pero éste no entraba. El hombre sudaba. Zayas le decía: ‘Parece que está muy duro, general’, y como ya aquella escena empezaba a llamar la atención, porque el rey esperaba ser servido pronto, Copons estaba cortado. Al fin fue preciso sacar la fuente de la mesa, para hacer plato, porque los instrumentos que en ella había no eran a propósito para romper aquel duro caramelo.

“He referido esta insignificante anécdota sólo con el objeto de hacer ver las llanezas que entonces se permitían delante de Fernando, y el carácter juguetero de Zayas [...]. Después siguieron los dichos de Zayas: todo es eminentemente español... Al día siguiente salió Fernando para Madrid y presencié otra escena entre Zayas y Copons. El rey iba a subir al coche cuando pasó este general, con un rollo de papeles bajo el brazo. Zayas, con tono zumbón, le dijo: ‘–Hola, general, está usted abrumado de negocios. ¿Qué papeles son esos?’ El otro, dándose importancia, contestó: ‘–Estos papeles son privados’. Y Zayas, haciéndole lo que en buen castellano se llama un corte de manga, le dijo: ‘Pues tome usted y sus papeles’.

“Yo pude observar que a Fernando no se le ocultó esta acción indecente”⁴⁴.

Abunda Iriarte en consideraciones acerca del absolutismo fernandino y de la mala disposición del rey hacia la Constitución de 1812 que él glorificaba, y concluye expresando:

⁴⁴ *Ibidem*, p. 390.

“Como el Ejército Español había sido el instrumento de que Fernando se valió para derrocarla, y este servilismo fue tan mal recompensado, pues además de la reforma que dejó a muchos en la calle, la paga escaseaba, circularon varios epigramas, y recuerdo el siguiente: ‘Los militares creyeron/ Que el rey dinero traería:/ A su lado se pusieron,/ Y con notable alegría/ La libertad destruyeron./ A todos oscureció/ Con extinción de las luces,/ Y el oro no apareció,/ Que el rey solo trajo cruces/ En que los crucificó’”.

Hacia América

Apenas decidida la expedición de Morillo “general entonces y cuatro años antes sargento de marina”⁴⁵, Iriarte solicitó participar en ella, con el fin de volver al Río de la Plata, donde al principio se creía que se dirigirían las fuerzas, pero su pedido fue denegado.

Sin embargo, uno de los oficiales de artillería designados, que no deseaba alejarse de la Península, pidió al gobierno que dispusiese una permuta. Accedió éste e Iriarte, sin explicarse las razones que habían modificado la decisión anterior, recibió, junto con los despachos de teniente coronel graduado, la orden de trasladarse a Cádiz. Una demora imprevista en la navegación por el Mediterráneo, hizo que llegase a destino cuando Morillo había partido. Tras un tiempo en aquella ciudad, donde procuraba no usar uniforme para evitar que luego de ostentar los galones de teniente coronel se lo viese con los de capitán, ya que el ascenso le había sido concedido para el caso de marchar a América, zarpó con otros oficiales hacia Arica, el 19 de mayo de 1816, a las órdenes del mariscal de campo José de la Serna, designado general en jefe del ejército español del Alto Perú:

“Por mi parte [concluye] me despedí con el último adiós de España: doce años viví en ella, sin haber conocido las inquietudes del corazón, que después...después los infortunios lo han despedazado, bien que a pesar de los reveses y persecuciones que he sufrido, él no deja de palpi-

⁴⁵ *Ibidem*, p. 392.

tar y conmoveerse al dulce sonido de ¡Viva la patria! Pero en España he sido mejor tratado que en mi país: allí fui verdaderamente feliz”⁴⁶.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 443.